

JUAN PARRA DEL RIEGO

POESIA



PROLOGO DE
ESTHER DE CACERES

BIBLIOTECA DE CULTURA URUGUAYA
MONTEVIDEO 1943

JUAN PARRA DEL RIEGO

POESIA



PROLOGO DE
ESTHER DE CACERES

JUAN PARRA DEL RIEGO
nació en Huancayo (Perú) en el
año 1894. Siendo muy joven par-
tió de su país, y comenzaron sus
apasionados viajes por América
y Europa.

Es en el Uruguay donde más
tiempo permaneció y donde se le
conoció más de cerca. En Mon-
tevideo editó sus dos libros:
"Himnos del Cielo y de los Fe-
rrocarriles" y "Blanca Luz". Mu-
rió en esta ciudad el 21 de No-
viembre de 1925.

La Biblioteca de Cultura Uruguaya
publicó ahora dos volúmenes
en los que aparecen com-
piladas por primera vez las obras
completas del creador de los Po-
lirritmos.

* * *

Esta edición tiene el sentido
de un Homenaje a Juan Parrá
del Riego, no sólo en lo que se
refiere a la publicación de su
obra aquí recogida y ordenada
por Esther de Cáceres — sobre
trabajos previos de Manuel de
Castro, — sino por vincularse al
plan de un Monumento que se
financiará con los resultados de
venta del presente libro, y que
se levantará en la hermosa calle
de Montevideo que lleva el nom-
bre del Poeta.

POESIA

BIBLIOTECA DE CULTURA URUGUAYA
COLECCION MODERNA

- 1 - Alejandro C. Arias: MUSICA DE LAS SOMBRAS
- 2 - Juan Parra del Riego: POESIA
- 3 - Juan Parra del Riego: PROSA

JUAN PARRA DEL RIEGO

POESIA



PROLOGO DE
ESTHER DE CACERES

Va, en la carátula, un retrato de
Juan Parra del Riego (apunte de
Bernabé Michelena)

En el texto un autógrafo (carta
de Parra a Enrique Dieste)

BIBLIOTECA DE CULTURA URUGUAYA
MONTEVIDEO 1943

Derechos Reservados
Impreso en el Uruguay

Hecho el depósito que
marca la Ley 9739

PROLOGO DE
ESTHER DE CACERES

Durante muchos años tuve el propósito de editar la obra de mi gran amigo inolvidable, Juan Parra del Riego. Tal fué mi más sostenido y violento deseo hasta estos días de 1943; ahora los editores de estos libros tienen la generosidad de poner en mis manos las páginas vivas en donde con gran emoción temblorosa encuentro aquella voz fraternal, encendida y fina que tantas veces oí con recogimiento y confianza. ¡Aquella voz que también oí, por última vez, en su único quebranto, en la mañana de primavera en que Parra murió con una flor azul entre las manos!... Hacía entonces apenas cuatro meses que nos lo traían desde la ciudad campesina de Fray Bentos, en donde cayera con el ala vencida diciendo sus cantos y buscando, a trueque de tan encendida palabra, el pan blanco y dorado que ganamos con tan duros trabajos y sacrificios. "He caído en mi ley" decía al volver de Fray Bentos, cuando con los brazos tendidos lo esperábamos en Montevideo — pronto el lecho, la habitación solitaria del Hospital Militar, los ojos con lágrimas y el corazón con miedo —. "He caído en mi ley", volvía a decir, cuando tras largos días y noches de un trágico esperar a la Muerte y a la Vida — nos volvíamos con él — ¿te acuerdas, Blanca Luz? — en la ambulancia que lo llevaba a su casa sonriente, nueva; casa con ventana a una calle honda y viva y a unos crepusculos encendidos y abiertos como el fuego...

Hasta aquella ventana, hasta aquella habitación, llegaban — en las tardes de domingo y como un clamor del mar — las mil voces victoriosas del público del Estadio; y además la música fina de la noche; y la voz interrogante de los amigos.

Allí dejó de vivir Juan Parra del Riego. Frente a estas páginas he recordado todo esto. He pensado también cuál sería su deseo ante el plan de este libro. Recuerdo la severidad conque miraba su obra; los poemas que no amaba; su afirmación de los Polirritmos y de los poemas de "Blanca Luz"... sus últimas seguridades en aquella hora de madurez en que — más libre que nunca — supo negar su adhesión a un acto que consideraba impuro diciendo: "Paso por un momento muy grave de mi vida y sólo puedo hacer lo que mi corazón me mande".

Todos estos recuerdos... y otros, me detuvieron muchas veces en el umbral de mis propósitos con respecto a la edición de obras de Parra del Riego. Seguramente es providencial que la voluntad de otras personas haya resuelto este problema; se publican así poemas de libros agotados y expresivas cartas y notas dispersas, que dan mucho de aquel ser extraordinario: su presencia nobilísima, su generosidad viva, el proceso por el que caminaban hacia la expresión sus cantos tan encendidos de humanidad y experiencias. Pienso en algunas notas y poemas dispersos en tantos viajes y en muchos periódicos extranjeros; cartas que han quedado en manos amigas, cantos perdidos por los caminos abiertos al viento que roba todas las cosas graciosas y ligeras!

Pero pienso también en el interés de todo lo que se da en esta edición primera de obras de Parra del Riego.

Si quiere Dios, más tarde haré yo una depurada Antología de todo esto. Ahora vuelvo a sus cantos, vuelvo a esta ardiente fraternidad de sus cartas, vuelvo a estas febres y ejemplares notas personalísimas; y ya estoy otra vez entregada a uno de los recuerdos más emocionantes de mi vida: mi amistad con Juan Parra del Riego, y la gran lección inolvidable que junto a él aprendí.

Y ya hay tantas lágrimas en mi voz y en mis ojos que no sé ahora decir nada más. Por lo cual dejo, en este libro, aquellas páginas que leí una vez, a 16 años de la muerte de Parra, en un homenaje que mis amigos de "Reuniones de Estudio" organizaron.

Esto leí mientras las bellas telas de Humberto Causa, llevadas expresamente para el Homenaje, daban honda calidad a la sala de "Amigos del Arte", de Montevideo:

Vengo a soñar, en este atardecer de Primavera, con la pasión y el canto de uno de los más grandes poetas de América. Vengo a decir — en este atardecer de Primavera — aquella voz suya florecida en cantos que no morirán.

Evocando aquella extraordinaria cara, aquella extraordinaria voz, aquella vida tensa de alegría y tensa de sufrimiento que fué la suya, se me inclina el corazón estremecido hacia esta verdad: que en dura

cruz o en maravilloso éxtasis el Poeta canta adoración, y agradece lo que le da el Cielo y la Tierra; lo distante, que resplandece en altas noches y altos silencios, y estas cosas pequeñas y rumorosas, tan al alcance de nuestras manos: una flor tiernecita del campo, la mano de un niño, la voz de otra criatura que nos estremece...

Juan Parra del Riego —gran poeta— fué así Salmista. En la cárcel de los días —en la niebla de lo temporal, en las limitaciones de la anécdota— o en el rincón íntimo del secreto, del canto, del jardín; o en el infinito y claro misterio del campo, del cielo y del aire, Juan Parra del Riego en "cruz y en éxtasis" supo este maravilloso don de Libertad que nos acerca a lo Eterno y que nos lleva a cantar con gozo y con fe.

Y por ese don de Libertad, por esa limpieza de los ojos puros, de las manos puras, de los oídos puros, pudo ver, tocar, oír, la gracia del mundo y decirla en música desenvuelta, en verso sonoro o en fina melodía amortiguada y lenta como la voz de los pianos distantes en la noche —verso sonoro o canto íntimo— siempre suyo —entrancable, venido como todo lo de Parra del Riego— de aquella ardiente ráfaga viva en que se movía y de la que él mismo cantó así:

"Esta violenta voluntad de marcha,
este ardor, este amor a los héroes;
a la Libertad y a la Personalidad,
que es el ancho altar de mis caminos
donde tercamente puro y solitario,
me muero y quemo, me quemo y subo".

Ráfaga ardiente y viva por la que pudo traer mensaje nuevo de Fe, de esperanza, de libre canción llena de un amor ancho — capaz de envolver y desatar la sinfonía total del Cielo y la Tierra — y los apretados silencios del corazón de los hombres — dueños de una vida triste y maravillosa.

Esta actitud constante, esta fuerza para vivir y morir, esta pasión toda llena de sobrenaturales fuegos, arde en los cantos de Juan Parra del Riego con llama siempre sostenida; arde también en su vida y más allá de su vida. Por eso pudo él mostrarnos su cara noble, su amistad fina y estremecida, su tensión sin pausas. Y así lo evocamos cuando nos enfrentamos con esta otra feliz verdad: que en el poeta verdadero hay un acento de vida inconfundible: un paso, un gesto de darse, una entrega siempre despierta — a través de niebla y máscaras — en cada momento del día o de la noche — en cada momento del "Tiempo sin tiempo". Y que esta entrega, este gesto, una mano generosa, una sonrisa dulce, una voz profética, una cosa entrañable de sabiduría viva —entrega al fin— nos sirven para reconocimiento del verdadero poeta —tan hermético y tan entregado a la vez, por un misterio que nos hace temblar— y de cuya noche sólo podemos salir cantando o adorando.

Hermético y entregado, Parra del Riego vivió y cantó con generosidad desnuda y libre. Y por esto— ahora que se ha ido de la Primavera— ahora que lo sentimos con esa presencia de extraña calidad plateada de los que están lejos y cerca —todavía su recuerdo nos hace gozar sobre el jardín del mundo— y sus

poemas nos revelan en cada amanecer un nuevo secreto de Fuerza, de Amor y de Libertad...

Y ya este Amor, esta Fuerza y esta Libertad dicen su luz ardiente desde los primeros "Himnos del cielo y de los Ferrocarriles", en los que entramos como en un río fresco, sonoro, de aguas puras. Y entonces hundimos la voz y la cara y el corazón en esta limpia agua alucinada del Polirritmo a Walt Withman:

"Junto al mar tiro este grito de colores
saludo y partida
de mi alma con tu alma: Walt Withman!
Sé nadar! Sé remar! Sé cantar! Sé montar a caballo!
Mi revólver tiene doce tiros
y mi motocicleta es alegre como el sol!
Yo soy el que ha corrido
con un corazón loco de confianzas
a fraternizar por todos los caminos con los hombres.
Yo soy amigo de acróbatas
de tipógrafos, de enfermos, de campesinos y boxeadores.

Yo soy el que puede de repente
tirarlo todo atrás: libros, familia, amor, casa y amigos
sólo por el placer viril
de ensayar mi corazón
en otros días solos y dramáticos.
Oh, querido Walt Withman!
Voluntad! Vigor! Alegría!
Yo soy el que ha corrido por todas las ciudades
gritándoles loco de esperanza
a pobres poetas sin fuerza y sin luz

la salud nueva de tus cantos puros!
Tus cantos donde ha puesto la mano la tierra y el
[cielo]

Tus inmortales cantos hechos de mortales sueños!
Porque sólo tú eras el arpa mística y salvaje
donde a tu música de remotas geografías
mi vida era otra vez frescura clara;
y en las noches me llenaban extraños y anhelantes
designios de pureza, de perfección y fuerza!
Yo te leía, y después parecía que volvía del campo.
En mi corazón se alzaban altas, veloces y alegres
las velas de la curiosidad, de la Energía y del Entusiasmo.

Tú sólo eras el que me hacía más caliente esta línea
[de pasión
esta violenta voluntad de marcha;
este ardor, este amor a los héroes
a la libertad y la personalidad —
que es el ancho altar de mis caminos
donde tercamente puro y solitario
me muero y quemo
me quemo y subo
subo Walt Withman!

En cada palabra de este canto asoma la cara noble de Juan Parra del Riego, hombre de fe y hombre de marcha; nada podría dárnoslo mejor que este tono encendido, esta mirada amorosa sobre el mundo y las criaturas, esta extraña penetración de secretos.

Así vivió Parra del Riego, lleno de sagrada pasión y noble generosidad. Así murió Parra del Riego, en

días en que esa fe se hizo más profunda y dirigida, porque había sido tocada de la Gracia y tenía la luminosa cara toda vuelta a las Verdades Eternas.

Y como su vida había sido afirmación, así fué su muerte, afirmación.

Joven, capaz de descubrir la más encendida belleza de las cosas —cuando su ser se hacia más feliz en el fino jardín de la canción— en esa hora ardiente en que el alma camina a la madurez, Parra del Riego esperó tranquilo su última hora del mundo. Y en este renunciamiento fino y quieto recogimos su última afirmación: su definitiva afirmación del Espíritu. Por eso podía él hablar, en esos últimos días de una primavera azul y fragante, de todas las cosas que habían dado alegría y fuerza a su alma: los paisajes —dulces criaturas de Dios— los libros —oh! aquel apasionado amor suyo por el Antiguo Testamento—! los amigos que lo rodeaban, y aquellos otros qua habían partido y de los que hablaba con terco y fiel amor!

Hablabá, y súbitamente se hacían puras y amigas todas las cosas. Despertaba una curiosidad activa, pero de las más nobles; curiosidad que era, más bien, entusiasmo, deseo de acercarse a las cosas más grandes y puras, deseo de reconocer al Espíritu a través de todo lo que en el mundo canta su secreto.

Hablabá de su vida andariega. ¡Cuántos caminos, cuántas soledades, cuántos trabajos! Y por todos los caminos, todas las soledades y todos los trabajos, esa fe que es el signo de los puros —y la salud del

alma—. Así lo evocábamos, a través de sus narraciones llenas de color, como a un hombre incapaz de ese escepticismo inhibidor, que es la característica negativa del hombre moderno! Como los niños y los seres puros, Parra vivió creyendo.

Hablabá de viajes y hacía desfilar ante los ojos del alma todos los cielos, todos los caminos, todas las calles: los dolores y las alegrías del hombre, las cosas más fuertes de las ciudades modernas, y junto a esas cosas fuertes, el temblor fino de quien sabe un gran secreto de Amor y de quien puede percibir la gracia sencilla.

Hablabá de los amigos. Entonces se hacia más que nunca honda la voz. Percibía el acento de cada uno, y sabía qué palabra era la que podía amortiguar la pena de cada uno... Así nos hizo conocer a los que nunca habíamos visto: Gabriela Mistral, Jules Supervielle, y a los que ya habíam partido: María Eugenia Vaz Ferreira, Julio Raúl Mendilaharsu, cuyas figuras cobraban en la voz de Parra su verdadera vida infinita.

Hablabá de sus cantos. Los miraba con una gran humildad y con un gran orgullo a la vez, separando —con agudo sentido crítico —lo más serio de su obra de lo que estaba destinado a morir. Amaba sus Polirritmos que estaba a punto de editar en un libro que no alcanzó a ser. Amaba sus poemas de amor, los de su último libro tan fino y recogido, todo como envuelto

*J. Polirritmos
no editados*

en una religiosa luz. Amaba sus cantos como su vida misma: y es que todos habían salido de su más profunda vida; había dicho: allí, sin preocupaciones de literato profesional, en la pura aptitud del que siente la honda y total necesidad de expresarse a sí mismo.

Mirando su vida y su obra medimos bien hasta qué punto fué Parra un trabajador tenaz. Los que sabemos cómo se quemaba en la creación de sus poemas, podemos valorizar todo el esfuerzo, toda la intensidad en que se sostuvo su vida tan breve y tan gloriosa. Sus libros publicados: "Himnos del Cielo y los Ferrocarriles", "Blanca Luz", "Antología de Poetas Americanas", sus traducciones de Supervielle, sus trabajos de periodista, —no, de poeta!— entre los cuales hay que destacar las extraordinarias notas publicadas en "El Bien Público" en los años 1921 y 1922, con el seudónimo de Juan Cristóbal; sus artículos diseminados en toda la prensa de América: todo eso da idea (a través de una enumeración fugaz e incompleta) de su voluntad activa y tensa.

Pero esa no fué su única obra: otra hizo —tal vez más intensa y sin duda más difícil:— esa obra lenta, personal, de acercarse a los seres, de ayudarles a encontrarse, de despertar en los demás la fe: esa obra fraternal que hace de la amistad la más pura gracia de la vida. Pocas cosas son así tan emocionantes como las cartas de Parra a sus amigos; llenas de tan fina comprensión como si en cada una el autor se sintiera dador de un mensaje —revelador, animador— encendido forjador de almas.

Estudiando nuevamente su obra, buscando sus notas periodísticas y leyendo sus cartas, yo he vuelto a pensar en la intensidad de trabajo de Parra. Una línea de fuego establece la tensa continuidad entre todo lo que hace y dice; sus memorias de viaje, sus cartas, sus poemas, están envueltos en una unidad apretada. Veo hoy más que nunca qué vida intensa hay tras cada poema, esa misma que aparece en todos ellos; pero que se ilumina extraordinariamente cuando se siguen las huellas de esta vida apasionada y dolorosa y alegría, extraordinariamente tendida, tenaz, como la luz de cada día! Leyendo todo esto —viviendo esta unidad, viviendo todo lo que hay tras cada poema —he pensado en esta manera de trabajar— tan luminosa, tan en la libertad. Las ciegas miradas burguesas pueden alguna vez dudar, y creer que no es trabajo éste que no se desenvuelve en el aire de las oficinas, que no se canaliza en los caminos tristes de la burocracia y que no tiene, siquiera, su compensación, en el pan ganado tan oscuramente. Este trabajo libre —difícil— capaz de enfrentarse todos los días con todo los riesgos; las emboscadas del hambre, la cosa imprevista, la cara de la angustia asomada a cada día y cada esquina de las calles; —este trabajo tan lleno de gracia y tan lleno de amargura— lo hizo Parra del Riego heroicamente. Eligió el más difícil. Eligió el más profundamente humano —aquel en que no se vende el alma sino que se la expone, desnuda y solitaria, a la aventura tremenda de vivir,— de forcejear con los enemigos oscuros, de recibir, alguna vez como dádiva lo que correspondería a una

mínima compensación vergonzosa que hace más miserables a aquellos que no saben dar!... Por eso cuando Parra renuncia a burocrático rincón de trabajo, él sabe lo que hace; cuando se libera de estas redes grises que la burguesía del mundo en todas las épocas tiende para que caigan los sin fe —él sabe lo que hace—; cuando sacrifica todo el aire puro de su canción y se va a ganar el pan dorado a través de los pueblos miserables —en nuestro campo desolado— haciendo recitales liberadores que pasan como una ráfaga de viento puro por los aires aldeanos que tanto conocemos, él sabe lo que hace. La vida de su canción quería este destino. Y Parra no lo trajo. Fué singularmente fiel. Heroicamente fiel a su obra. No diré yo aquí la anécdota para que se vea más su vida. Porque esta vida asoma, toda luminosa, en el acento de algunas cartas que he traído para leer en esta tarde. Son cartas de sagrada intimidad —y hasta tembla mi corazón cuando sé que voy a decirlas fuera del ambiente pequeño, recogido, fervoroso como ninguno— en que aprendí muchas veces a sentir más y más este secreto fino y tremendo de la vida de Parra.

He elegido algunos trozos de cartas que él dirigió —en distintas épocas— a mi noble amigo Enrique Dieste. Regalo de él son, y le agradezco que las haya confiado a mi voz. Sigamos a la criatura luminosa, a través de su dramático vagar por este mundo solitario y tremendo. Dice, en trozos que he elegido para esta lectura, y a través de esa interesantísima colección de cartas escritas desde distintas regiones de América:

Recibí tu profunda carta,
Leyeron de mi alma. ¡Cánta
luz, emotiva fuerza en 'ver
magusto en ella'. Con
tir, yo tambié estoy trágica
mente solo. Pagan la
soledad es una cruda
señal, Enigma. Hay que
tener el ala de Nietzsche:
para oír punto de cosa a la
mis. bárbaro del viento.

Hermano, a que nos
desde lejos con la brisa
y se acerca a horca su
dejan ser super la oscuridad

Carta de Parra a Enrique Dieste

"Tu carta me ha dado la impresión física de un abrazo. Me siento más fuerte, me rechinan más los colmillos de hierro de la voluntad... No creas que estoy desfallecido... No, hermano mío. Me defiendo trágicamente el corazón y la cabeza. Para mí la vida sin sentido heroico es una miserable opereta bufa. Amo apasionadamente al Hombre, tengo una ciega fe en la Razón humana. Y ya tú sabes el valor decisivo que para mí tiene la elevación moral. Si me toca sucumbir será sólo en la trinchera, ensangrentado y roto. Te lo digo con una patética serenidad. Tu alma me ha enseñado muchas cosas. Mi deber es descubrirme ante ella".

En otra:

"Siento la mordiente necesidad de darle un fuerte sentido a mi vida. ¿Qué soy? ¿Qué debo ser? Un comunicador de belleza. Correr con la chispa entre todos los hombres. Ejercitar el divino poder de exaltar los corazones y elevar los pensamientos. ¿No cree usted que esto es grande? Sí —es grande— porque si no, la obra de Arte se ahogaría en la órbita encana de un seco egoísmo individual. Y el Arte para mí sólo tiene sentido profundo, sentido humano, desde el momento en que se convierte en sentimientos circulantes, en sagrado calorífico de los hombres. La demás, sería trabajar para las mandíbulas frenéticas de la muerte. Y he ahí a lo único que debemos odiar y combatir, a ese invisible zarpazo que nos mata".

Y todavía, en otra:

"Más que nunca ahora mi vida es un terrible choque de armas desnudas. Me siento en el momento

patético de un aterrizaje... no sé a dónde... Miro las altas y heladas estrellas de la noche — y me palpo el corazón lleno de fiebre; oigo el paso jadeante de los hombres y comprendo que la única solución, la solución viril y humana, es aceptar con el alma abierta la ley tremenda del mundo. Embriagarse de combate y de pasión. No detenerse. Marchar, seguir locamente solo hacia adelante con la única arma del cerebro ardiente y el tenaz orgullo del pecho".

"Mi vida aquí es intensa y apretada. Con qué angustia, con qué fuerza llamo a mi corazón y a Dios, para hacer al fin, los grandes y puros y rebeldes y ardientes y humanos —humanos!— poemas que necesito. Creo que voy a hacer ahora sí algo de verdad, de fuerza cierta, de sinceridad maravillosa..."

"He visto estos árboles extraordinarios, estas montañas acribilladas, estos crepúsculos del mar, estos nocturnos de los buques de guerra proyectando reflectores hasta los astros! Cómo me he acordado de tí entonces; de tu gran corazón, de tu sensibilidad incalculable, de tu finura de alma única! Y me he convencido de tantas cosas. De estas dos, por ejemplo: de que la sensibilidad existe en el mundo, y hay que tener una confianza ilimitada en el corazón..."

Y esta otra, aún, tan terriblemente temblorosa y dolida:

"Me han dejado un áspero sabor de vino violento las verídicas y profundas palabras que tu carta me ha traído:... necesitaba sentir el grito viril de un hermano. Y tú me lo has lanzado tan empapado de tu corazón que todo mi ser moral se ha estremecido. Yo

era el acróbata pálido de esa prueba terrible en que sólo suena el tambor en el circo. Ya me iba a romper —me temblaban los pulbos, me cegaba un golpe de sangre dolorida— y tú has corrido a sostenerme. Todo me arreciaba un fuego de artillería emboscada: mi miseria lívida, carreras a los hospitales y el afán ciego y temerario, loco, de querer dignificar siempre mi vida dándole un tajante sentido moral a mi otra artística. Y lo peor, hermano Enrique, no poder proclamar —sentirme impotente, febril, neurasténico— desflecado por el hambre y el dolor. Pero, eso sí, sin haber perdido mis intuiciones ágiles de todos los problemas. Y aquí me tienes como un toro que a pesar de la espada que lo atraviesa quiere dar su última torva embestida..."

Y otra vez:

"Yo no soy ni maximalista, ni socialista, ni anarquista. Mi ideal es ser sólo una cosa omnipotente y sagrada: Hombre. Y únicamente en nombre de la vida y nada más que de la vida —remover, cambiar, agredir— desempolvar, vencer!"

Y esta otra llamada llena de sangre y lágrimas, desde el Hospital de Fray Bentos, en 1925:

"Querido Enrique: Lo único que te puedo decir por ahora es esto: ¡ven! Tengo el alma herida y desolada. ¿Te acuerdas de la Colonia? Era terrible. Pero era la locura. Es decir, la locura del espíritu. Esto es la enfermedad, es decir, la locura de la carne. La hedionda y trágica locura de la pobre carne de todos los hombres. ¡A dónde me ha tirado la vida, hermano! De día, de noche, en la mañana, oigo las toses de los tuber-

culosos. Esto en la calle parece una cosa de hospital triste e indiferente. Esto aquí es una cosa horrible, horriblemente horrible, Enrique. Yo soy uno de los hombres más fuertes que tú has conocido. He soportado casi siempre todos los dolores sin amargura ni envidia. Esta vez estoy anónadado. No puedo conseguir hacerme una disciplina de la idea de morir. Ven lo más pronto posible a verme. ¡Necesito verte!

Te acompaña no sé qué luz y qué extraordinaria presencia de espíritu, que siempre me ha hecho bien".

.

¿Dónde lo veremos mejor, fuera de la abierta casa de sus Cantos?

La voz es siempre la misma, y nunca mejor prueba de autenticidad, nunca más emocionante prueba de autenticidad que este acento fiel, que esta expresión sostenida.

Es la misma voz nerviosa que sabe decir en ritmo inolvidable el eco de un viaje maravilloso. Ahora está narrando la Pampa, en el mismo rápido decir de una crónica:

"Y se escabulló otra víbora de rayo. Y otro rayo. Y un nuevo relámpago de duración alucinante nos dejó ciegos. Saltamos un alambrado; corrimos pegándonos al cañaveral. Por todas partes la Pampa infinita y misteriosa nos estrujaba un miedo primitivo en el corazón. Ya estábamos lejos de todo. Y enloquecimos la marcha. Pero en ese y en este y en aquél y en to-

dos los árboles, las ramas se retorcían con una angustia frenética. El Pampero...! Y un golpe bajo y brusco de viento nos cortó las rodillas y gotas de lluvia grandes, densas, pesadas como balas nos chicotearon la espalda. El Pampero soplaba ahora con un ímpetu salvaje los recios y finos tubos de órgano. El Pampero se quería llevar ahora toda la Pampa. Silabeos desesperados de las frondas, rechinamientos como de articulaciones. ¿Eran súplicas? ¿Mujidos anchos de toro? ¿Extraños quejidos? ¡Alardos y silbos, la voz oscura y salvaje de la tierra! Los árboles se rompían por la cintura... Y la lluvia creció... Cayó a cubazos... a torrentes... Nos empapamos. Nos aterrorizamos. Pero corrimos más, más, con las piernas ahogadas de barro. Agua en la cara, agua en los ojos, agua en los huesos... Hasta que mi compañero cayó en ese charco. Y otra vez se levantó, al relámpago que lo acribilló de harapos eléctricos. Espantoso naufrago!

Perdida allá la estación latía en la noche con sus lucecitas sonámbulas. Y la noche era sólo una inmensa tropa de nubes desordenadas."

Ahora cuenta cómo es un zapateador de la Pampa. Y se anuncian allí en cosa tan hecha, el color y la imagen del Polirritmo de Carmen Mendoza.

"La noche inmensa de la Pampa apretaba en una intimidad más honda el cuadro: el rancho, el grupo de hombres en cucillas y de pie, el fuego de leña con su círculo de caras de oro, las mujeres en negro de más atrás y el paisaje desolado de los otros ranchos disueltos alrededor. Y lo vi entre el grupo de los hombres y las mujeres. Las palmadas seguían el pes-

punte musical. Y la guitarra amasaba como un barro caliente la melodía del baile santiagueño. Los pies claveteaban la tierra. El aire le partía como dos alas el pañuelo celeste del cuello. Aventaba relámpagos en la cara de cetrino halcón pampero. Viboreaba el cuerpo. Y los martillos tenaces de las plantas clavaban música. Pero ahora las piernas eran una cosa volandera, despreocupada, feliz. Los pies hacían una pequeña y recóndita lluvia. Y era de repente la "mudanza" de un volteretazo eléctrico de las puntas. Remache, siembra, trabajo de formón. Y otra vez el golpe lento, acariciante en la carne de la tierra. Secreto largo, obstinación dramática, voluptuosidad sombría. Y aun otra mudanza de frenesí epiléptico. Rasgoneo desfallecido de la guitarra. Suspiro en los pies, quejumbre algiera, amor, dolor, dolor, amor. Y otra "mudanza". Y los pies en un claveteo enloquecido, vertiginoso ahora. Trompos salvajes. Tirabuzón veloz. Taponazos, choques, latido, incrustación; vo'aban los zapatos en el polvo lívido de la carretera de la pampa que nadaba en luna..."

Y de esta nota pictórica, hecha con un lenguaje quizás inigualado en la literatura americana cuando trata estos temas, sa'to, buscando, a esta otra cosa recogida, profunda, encendida en fuegos entrañables y secretos. Es también una narración. Pero Parra va a contarnos el encuentro de Vaz Ferreira y D'Ors, en aquella memorable fiesta que los poetas hicieron para homenajear al Maestro de "La Bien Plantada", cuando llegó hasta aquí, en el año 1921.

Dice la nota:

"La conferencia terminó a las 12 en la Universidad y hacia allí enfiló el grupo palpitante de los amigos del filósofo. Y en verdad que era algo griego, emocionante y vengador, este desfile callado de 300 personas con Eugenio D'Ors y Carlos Vaz Ferreira a la cabeza... El cortejo invadió el taller de Bazurro. Y entre las salas acribilladas de luz artificial el grupo se deshizo, se pegó a las telas, se encaró a las estatuas... Pasó junto a las mujeres ondulantes de La borde, las plazas polirrítmicas de Barradas, los ranchos desolados de Causa y los criollos pálidos de tuberculosis y melancolía de Arzárum. D'Ors paseó, observó, embistió con mirada destornilladora los asuntos. "Muy bien. Muy bien. Hay fuerza..." y hacia todos volvía su cara enterada.

Y yo miraba su fina y plena silueta y no podía contener la simpatía de mi corazón para los dos ojos inmensos de Vaz Ferreira. En D'Ors y Vaz Ferreira caía un fusilamiento de miradas. Eran los únicos sentados entre el círculo comprimido de los demás espectadores silenciosos. No sé por qué yo me acordaba de aquella rara entrevista de Emerson y Carlyle. D'Ors sonreía seguro y animado, con su macizo cuerpo espiritual. Vaz Ferreira se contraía con gestos emocionalmente torpes... Se hubiera dicho un insecto nocturno cazado de repente y que moviera ahí — desconcertado— sus reflectores sonámbulos.

—Crucemos así los brazos —dijo D'Ors, con la copa de vino en la mano— y ahora a beber en tres tiempos.

—Los tiempos no existen —tajeó Vaz Ferreira—

entreabriendo una sonrisa de finura quirúrgica. Pero los brazos hicieron la cadena y las dos copas se volcaron en la descarga cerrada de los aplausos.

Mas... ¿qué se juramentaron sobre las cuatro espadas de sus ojos? ¿Era un hondo pacto? ¿Brindarían acaso porque la vida nos encuentre siempre en los sitios de más peligro de la verdad, o por la contemplación de la belleza eterna que es lo único que nos salva de este extraño dolor de vivir, por combatir siempre contra esa cosa enorme de injusticias, mentiras y cobardías que cierra y mata los caminos por todas partes, o por el dulce vino que nos devuelve nuestros corazones fabulosamente jóvenes...? Los dos se pusieron de pie y los dos se miraron con mirada ancha, triste y lenta".

Está tan dada la emoción de este encuentro que — a pesar de todo lo que sabéis — no he dudado en leerlo —orgullosa— como todos aquí lo estamos, de que Carlos Vaz Ferreira se haya mantenido tan delicadamente leal a aquella estampa —a aquel momento en que los ojos puros de Parra lo suponían prometiendo que la vida lo encontraría siempre en los sitios de más peligro de la verdad— combatiendo siempre contra esa cosa enorme de injusticia, mentira y cobardía que cierra y mata los caminos por todas partes.

Como en aquellas cartas íntimas, vemos bien aquí la entrañable manera de ser de Parra. Y así en sus poemas.

Canta en "Himnos del Cielo" a todo lo que hace la gracia del mundo: el paisaje, los seres, las cosas, los héroes, el vertiginoso encanto del mundo moderno.

Pero sería equivocado creer que estos cantos se quedan en lo exterior, en lo objetivo, en las cosas de límites mortales. Parra describe con la claridad de un clásico, gusta de las cosas con los sanos sentidos de los clásicos, pero tiene un espíritu romántico que lo hace subjetivizar todas las cosas, y enriquecerlas con esa fina gracia interior que da una tan profunda humanidad a la visión del mundo.

Algo más íntimo, y más tocado de tragedia y más cercano al sentido de Eternidad vivía en este amor suyo por las calles y los rincones vivos de las ciudades modernas. Y esa cosa íntima, más fina, más trágica y más trascendente, era su amor extraordinario por los hombres, su generosidad curvada a todos los seres, su sentido de solidaridad profundo y delicado. "Más que al más maravilloso de los árboles como al más miserable de los hombres", dijo una vez.

Lo que amaba —en los hombres— era eso eterno que vive en ellos: el alma con sus angustias y su vencedora sed de cosas sin término.

Y por eso toda la obra de Parra del Riego tiene un sentido de intimidad emocionante y extraña.

Se percibe como un toque vivo y profundo en los poemas en que canta a las cosas de afuera, a las fiestas más finas del mundo.

La naturaleza —mirada con ojos penetrantes, robadores de todo paisaje— la figura humana en su vivísima y armoniosa plasticidad, el footballista, el nadador, la mujer que danza, el hombre de las aventuras marineras, la sugerencia y color de los puertos, la dramaticidad de los ferrocarriles y sus estaciones llenas de

misterio. Así se aparece en el Polirritmo del Motor maravilloso:

"Yo que canté un día
la belleza violenta y la alegría
de las locomotoras y de los aeroplanos;
¡Qué serpentina loca le tiraré hoy al mundo
para cantar tu arcano,
tus vivos cilindros sonámbulos — tu fuego profundo
oh, tú — el motor oculto de mi alma y de mis manos!
Qué llama enloquecida se enrieda en tus fogones,
y hace girar la rueda líquida de la sangre
y atranta las poleas de los músculos
para mecer los columpios súbitos de las sensaciones,
cuando corro, beso, anhelo, callo, sufro, espero, miro —
Salta mi alma en una loca carcajada,
floto en sedas de suspiros
o en el charco solitario de la sombra en que me estiro
se me copia el corazón como una estrella desolada.
Y qué electricidades
se me van por los alambres calientes de los nervios;
hasta el cerebro — caja de las velocidades
azules y negras y rojas de todos los sueños!"

Es otra vez la exaltación de "la mujer vegetal" en el polirritmo en que canta:

"Guitarras bajo las higueras!
trompos azules del día!
aquí está la fresca amada vegetal
la que ví y el alma mía
se me abrió como una fruta musical.

Ojos con pájaros — caderas de ágil tazón de soles,
a carreras de naranjas, margaritas y manzanas
por mi sangre la sentía atravesar...
La que ví y me dió el amor de las mañanas.
Soñaba nidos? Colgaba frutas? Olía a rosas?
Y unas súbitas nostalgias misteriosas
de montar caballos blancos — trepar árboles, nadar
madrugar todos los días — e irme solo por los campos.
verde andarín, loco andarín!
con mi campana de lejanías
y el pecho alegre como un clarín!"

Y el Canto al Carnaval, cuyo éxito en un comentadísimo concurso tuvo el significado de algo parecido a aquella revolución de Hernani, en el escándalo de un teatro en batalla:

"Libertad maravillosa de la risa
la ciudad corre en tus ruedas de colores, Carnaval!
Ya en plazas y torres, ventanas y esquinas
saltando como una niñita la luna
cuelga los teléfonos de las serpentinas
para tu furiosa universal!
Columpios de risas! Arboles de amores!
— los novios calientan la noche con su corazón...
Rosada de sueños
ella piensa en algo furtivo y fantástico
que sólo esta noche podría pasar...
En los cascabeles hay duendes pequeños
que dicen: No dudes! vamos a soñar...
vamos a bailar...
vamos a cantar...!"

La noche abre dulces ventanas de seda
y si tú no vienes por siempre te quedas
en la desolada perla de esperar.
Vamos a cantar!
Vamos a bailar..."

O es la voz resonante en Palomas:

"Yo estaba solo en la quinta
cuando ví el milagro súbito que me hizo palpitar
doscientas palomas blancas se pusieron a volar!
El cielo era azul —alegre— daba ganas de cantar
Me apoyé mudo en un árbol para mejor contemplar:
Gracias, Dios mío, por esta fiesta pura y singular
Doscientes palomas blancas se pusieron a volar!
Escalera loca, fresca, gozosa, pura, infantil.
Loco de fe y esperanza yo ví en el cielo esas mil
manos blancas que tocaban su arpa de oro y de
[marfil.
Platón! Viejas marchas! Héroes de un tiempo ya sin
[perfil,
yo me dije haciendo sangre mi contemplación sutil:
Sólo casta alegre, pura, compasiva, alta y viril
yo te llevaré alma mía por toda la tierra hostil.
Y el cielo con esas blancas campanas sonó.. sonó...
Ví un grupo allá en un colegio feliz que se dispersó
Otra sola y pensativa junto a una torre pasó...
Tres fueron las carabelas que el mar un día encantó...
Pero más alta de todas, cómo mi alma palpitó!
Ví a otra que arriba, arriba! — ya nadie la acompañó...
Como el ave del espíritu solitaria se quedó."

En todos hay la visión clara de un clásico, y la cosa subjetiva, la conciencia herida por todo eso, la sensibilidad tocada por todo eso, la vibración profunda, personalísima e inconfundible.

A medida que la experiencia espiritual se afina y enriquece, Parra del Riego, cantor de ferrocarriles, cielos, viajes inquietos y paisajes conmovidos por el viento, por el paso de los barcos, por la viva criatura humana, va buscando en lo más profundo de sí, en una intensa y ardiente sed de sí mismo y va a encontrar otros cielos más finos y quietos y una música de más suave tono y más delicada confidencia.

Antes, a través del dinamismo vertiginoso y del paisaje violento, nos encontrábamos con un niño de prodigo y maravilla: tal la claridad de visión, tan puros los sentidos, tan abierta y limpia la generosidad y el entusiasmo.

Ahora, en este ir hacia adentro, en este paso callado y dulce para encontrar la música suave, otra vez él, la sensibilidad y la pureza del niño, venciendo a todo el dolor, a todo el aprendizaje y a toda la fatiga opaca. Y entonces es la voz de los Nocturnos, aquella tremenda voz angustiada:

"Heme aquí en la gran noche de la Pampa perdido
bajo el grandioso y loco árbol estremecido
de las estrellas — dándoles a las sombras mi paso".

O en aquel otro:

"La noche más que el día funde en un hondo nudo
tu corazón celeste con mi corazón rudo,

porque yo más te llamo, y te busco y te siento
cuando la noche negra me abisma el pensamiento
y en mi raro estupor de vivir sólo miro
y comprendo mi angustia y mi sed."

Y todavía, a través de todos estos Nocturnos:

"En qué aguas vivas y anchas
en qué profunda fuente
de mi pecho, alma mía, te bañas temblorosa
que de mi ser oscuro y amargo — de repente
sales como la luna: blanca y maravillosa"

Y entonces es la voz de los poemas del último libro, en que el puerto, el mar, la luna, la calle, las gaviotas felices, están dentro de una vida espiritual maravillosa y sin fin, llevadas por ese milagro de transfiguración que sólo el gran poeta puede realizar:

"La calle está muerta desde que te vi
nada miro... paso... voy pensando en tí..."

Y ahora puede cantar el Amor y hacerse más fino y más tierno que nunca para decir su gracia:

"Me hace los días para cantar...
gaviota, novia
de un marinero.
Quien no la ha visto
qué puede amar...?"

Se da en estos poemas un tono sentimental, llevado a la música y vivo por la música:

"Solos bajo los arboles
caminar... caminar...
Como una lágrima de la luna llevo caída
sobre mi hombro
tu cabeza desvanecida..."

Un mundo sentimental que no queda encerrado en lo anecdótico, sino que gravita dentro de lo más fino del alma y que mira a otros cielos libres en Dios.
"Sonidos de palomas besándose a la luna
me has dejado en la boca.

Panales de alegría delirante y salvaje
me has dejado en la boca.

Corazones de niños colorados y puros
me has dejado en la boca.

Campo con su alegría de chivos y campanas
me has dejado en la boca.

Tu palidez terrible y azul como mi muerte
me has dejado en la boca".

.....

.....

"Más allá del allá nos encontrábamos
solos y puros
como los ángeles que soñábamos."

Por ese camino iba Parra, descubriendonos nuevas voces, y en ese camino encontraba la esperanza de un canto sin fin, recomendado en albas extrañamente claras y puras.

El lo dijo en el Prólogo de este libro cuando expresó la gracia da su honda marcha hacia la luz interior:

"... el libro que mañana, cuando la salud divina vuelva a mí, te escribiré con la pasión profunda y solitaria de los místicos que quieren hablar con Dios".

Sangre hemos visto
sangre es el camino
donde se hizo blanco
nuestro solitario señor Jesucristo.

En este camino todo fué: silencio, lejanía y soledad.

Pero en donde haya un corazón amigo de Juan Parra del Riego, —de él, que fué el más fino de los amigos— y en donde haya un sentido puro de Belleza, silencio, lejanía y soledad, se iluminan, porque el recuerdo de Parra ha de vencer a todas esas distancias terribles.

Sus cantos puros, su generosa voz, su gran Espíritu, le han dado un destino de inmortalidad, contra el que nos apretamos con el corazón y la voz, quienes le amamos en la vida y en la muerte.

Juan Parra del Riego

POESIAS

Himnos del Cielo y de los Ferrocarriles

Al fuerte y trágico
Eduardo Dieste

Editedo en Tip. Morales - Montevideo 1925.

Al motor maravilloso

Yo que canté un día
la belleza violenta y la alegría
de las locomotoras y de los aeroplanos,
qué serpentina loca le lanzaré hoy al mundo
para cantar tu arcano,
tus vivos cilindros sonámbulos, tu fuego profundo
¡oh, tú, el motor oculto de mi alma y de mis manos!

¡Qué llama enloquecida se enreda en tus fogones
y hace girar la rueda líquida de la sangre
y atranta las poleas de los músculos
para mecer los columpios súbitos de las sensaciones,
cuando corro, beso, anhelo, callo, sufrío, espero, miro,
salta mi alma en una loca carcajada,
floto en sedas de suspiro
o en el charco solitario de la sombra en que me estiro
se me copia el corazón como una estrella desolada.

Y qué electricidades
se me van por los clamores calientes de los nervios
hasta el cerebro, caja de las velocidades
azules y negras y rojas de todos los sueños...
Zumba la turbina sutil de hondos dolores
y saltan imágenes,
y hacia donde ya no alcanza el ojo triste

con sus sedientas ruedas de colores
corre el tren de las imágenes...

Y qué émbolos oscuros se agitan sin cesar,
y qué carbón jadeante de soles escondidos
te hace andar
a todo vapor, a todo vapor,
cuando se me hincha el corazón de una salvaje alegría:
o se me quiere romper de dolor
y de melancolía.

Motor humano: tú eres
la única maravilla de este mundo doloroso,
por tu inmortal prodigo: el beso a las mujeres
el pensamiento firme y armonioso,
la palabra que salta rotunda, patética y viva,
por la célula furtiva
que trabaja en sus telares nuestro ritmo misterioso;
teje un día la Esperanza,
otro día el Sufrimiento,
otro día de Alegría.

Yo siento
cuando queda tensa y viva sobre mi alma la Energía.
¡Motor de la explosión de toda la vida mía!
¡Hondo motor que haces mi cólera y mi llanto
mi callada pasión y mi fuerza y mi canto,
más ligero,
más ligero,
con la carga de esperanza que es mi única conquista:
tú, la máquina del único sendero sin sendero;
yo, tu alado y sangriento maquinista.

Pampa Argentina

Yo te ví desde el tren...
Venía de ese lado
en que se ve a la América como una fruta al sol:
verde por la Argentina, toda de oro al costado
del país de los Incas y el Virrey Español.

Y yo que a tí llegaba tan lleno de ese frío
que en la ciudad moderna nos da su malestar,
por tí otra vez cantando me agrandé como un río,
solté todas las velas que tengo de navío
y por la pampa inmensa me fuí como en el mar.

Después, por la ventana, toda a tu viento rico
saqué la cara alegre y la embriaguez fué tal
que el alma se me abrió como un gran abanico
y en mi cabeza hubo una campana de cristal.

Y mientras mis cabellos
volaban como el juego de alguna mano entre ellos,
¡qué feliz yo miraba desde la ventanilla
todo ese mar de espuma verde en cada semilla!
Me cantaba a los ojos, en la tarde, el paisaje:
una estancia, unos árboles... un camino... un paraje...

de Corot con su lago... una égloga que pasa...
 (¡Ah, si uno se pudiera quedar en esa casa!)
 y más allá la oveja ritual de los hebreos
 (Rut, Zacarías, Booz, hermanos Macabeos!)
 y el rebaño de Apolo y el buey de los Egipcios,
 (¡oh, hecatombes de Homero! ¡oh, antiguos sacrificios!)
 y trigo, trigo, trigo recién sembrado,
 trigo que crece verde, trigo ya al fin dorado;
 el que los segadores felices con las lluvias
 cogen por la cintura como a muchachas rubias;
 el que en polvo lunático de harina por Enero
 hace un blanco pierrot de cada molinero;
 el buen trigo que ha hecho más por la humanidad
 que todos los filósofos; el de la caridad
 celeste en las parábolas del Jesús de la Biblia,
 pan de oro en la familia,
 cándidos ramilletes
 de la noche de Pascua con árbol de juguetes;
 y el que algún día libre irá de hogar a hogar
 sobre la carretera del dolor popular.

Pampa, romance, fábula, leyenda, historia, mito
 que se diría que eres por lo grande que estás
 el mundo que se ha puesto de cara al infinito
 y estás así sosteniéndole la mirada tenaz.

Tú me has reconciliado con la naturaleza;
 yo estaba agrio y oscuro con mi mal de ciudad;
 pero ahora como un pájaro que es todo ligereza
 el corazón me canta dentro de la cabeza
 y estoy como un jardín lleno de claridad.

Pampa, con Grecia y Roma,
 polvareda de carros y la augustal paloma...
 Pintado y fuerte toro
 que a su tranquilo paso
 como una lira helénica pone las astas de oro
 sobre el suntuoso ocaso.
 Pampa, mar de aguas grises
 que las vacas boyantes pasean como botes,
 y humeando cual vapor que se va a otros países
 cruza piteando un tren lleno de camarotes.

Para mí eras un cuento
 Pampa abierta a los cielos como un inmenso amor;
 y entre la fantasía que me vivió Sarmiento
 veía un zig-zaguear de lazos por el viento;
 los troperos nocturnos, el carro polvoriento,
 toros, más toros, gauchos, el ombú, el payador;
 y de repente un trote de las caballerías
 de la revolución; ahí el Facundo, todos
 descabalgan y a un árbol con sus ramas sombrías
 se hace el círculo cálido que encadenan los codos:
 trágicas bromas, cuentos, (relinchan los caballos...)
 de mano en mano el mate va pasando cordial
 ¡qué importa que haga el cielo rúbricas con los rayos
 si la guitarra suena toda sentimental.

Madre Pampa Argentina, que abres tu inmensa copa
 a los vinos profundos del día que se va,
 con qué efusivos brindis el gaucho que galopa
 cuando la paz bendiga de nuevo sobre Europa
 por la América virgen mañana te alzará.

Tal es como yo al verte,
madre Pampa Argentina, más fuerte que la muerte,
he querido, al pasar,
tener un pulso enorme para poder parar
la máquina y nervioso saltar a tus verduras:
correr, correr, correr bebiendo esas frescuras
hasta que al fin atlético de haber tanto corrido
quedarme como un árbol parado entre tus gramas:
con la cabeza trémula de amores como un nido
y los brazos abiertos al sol como dos ramas.

Marcha Unamuno

¡La sangre! ¡La vida!
¡La fe con un grito de cien alas rojas!
¡trampolín de nubes en mi corazón!
¡Campanas de guerra, de amor y partida!
Estandartes pálidos de las paradojas
de Cristo y la luna... ¡la revolución!
Y ¡Unamuno! dicen los hondos tambores
y otros anhelantes clarines mejores
de los que se arrastran algún batallón.

¡Unamuno! en pechos de los hombres nuevos,
los americanos hombres soñadores
de vertiginosos vinos de colores
que zumban al cálido paso viril.
Y a la calle pura de estrellas eléctricas
corre la dramática columna civil.
¡Saludos! ¡Sombreros!
¡Miguel de Unamuno! ¡Miguel de Unamuno!!
Las flautas ardientes de los automóviles
junto a los obreros
y los estudiantes
llaman a las viejas y aladas Victorias
de senos agudos
en los primitivos cielos de la Historia.

¡Sombreros! ¡Saludos!
 Los ojos triunfantes
 rompen el camino con su rosa azul.
 Frentes de alegría, pechos de confianza.
 ¡Juventud de América de luz en la luz!
 Largos abanicos de amor y esperanza
 bajo el aeroplano de la Cruz del Sur.

Ningún sol como ese ¡ninguno! ¡ninguno!
 ¡Miguel de Unamuno! ¡Miguel de Unamuno!
 Y en el pecho se abren dorados jardines,
 cosas de la vida y la eternidad
 Miguel de Unamuno: ¡Palomas! ¡Clarines!
 Vida de Unamuno: ¡Pasión! ¡Voluntad!
 Y en el aire saltan barberos cretinos,
 duques burladores, bachilleres secos,
 canónigos pálidos de vicios cochinos,
 generales títeres que huyen de Marruecos;
 un rey de scinete lívido y atroz.
 Muerte. Envidia. Miedo. Perezza. Ironía
 ¡esos enemigos de su alma y su voz!

Y alegría!
 alegría!
 alegría!
 alegría!

América corre junto a él encendida,
 sabe que él pelea por la libertad,
 siente que su trágico amor a la vida
 es lo más hermoso que España nos da.

Alegría!
 alegría!

¡alegría!
 ¡alegría!
 ¡mil palomas blancas a volar hoy día
 por el del Espíritu y la Humanidad!

Cantos de mujeres,
 luz de las naranjas, brazos de los ríos
 por el de los látigos a los bachilleres
 y qué soledades y qué desafíos,
 el que en Dios se quema, el que nunca engaña
 y él solo es España
 porque le hace viva su mejor verdad.

¡Miguel de Unamuno! ¡Miguel de Unamuno!
 Y corre la negra columna civil...
 Pasan los obreros y los estudiantes
 ¡a la plaza, amigos, el grito viril!
 Pasan las alegres mujeres hermosas...
 (La noche abre el piano de su fantasía...)
 ¡Aplausos! ¡Saludos! ¡Sombreros y rosas!

¡Adiós, Margarita... Aurora... María...!
 Hoy sólo hay el alma que quiere subir,
 la fe vencedora,
 allá está la estrella caliente y sonora
 y hacia ella hay que ir.
 ¡Hacia ella nos vamos locos de confianza!
 ¡Fuego, amor, azote!
 Como fué Unamuno, peleando en la luz
 y nuestro querido señor Don Quijote
 y nuestro fantástico padre Jesús.

Palomas

Yo estaba solo en la quinta
cuando ví el milagro súbito que me hizo palpitar:
doscientas palomas blancas se pusieron a volar.
El cielo era azul ... alegre... daba ganas de cantar.
Me apoyé mudo en un árbol para mejor contemplar.
¡Gracias, Dios mío, por esta fiesta pura y singular!
Doscientas palomas blancas se pusieron a volar.

¡Escalera loca, fresca, gozosa, pura, infantil!
Loco de luz y esperanza yo ví en el cielo esas mil
manos blancas que tocaban su arpa de oro y de marfil.
¡Platón! Viejas marchas! ¡Héroes de un tiempo ya sin
[perfil]

Yo me dije, haciendo sangre mi contemplación sutil,
sólo casta, alegre, pura, compasiva, alta y viril
yo te llevaré, alma mía, por toda la tierra hostil.

Y el cielo con esas blancas campanas sonó... sonó...
Ví un grupo allá en un colegio feliz, que se dispersó...
Otra sola y pensativa junto a una torre pasó.
Tres fueron las carabelas que el mar un día encantó
pero más alta que todas ¡cómo mi alma palpító!
Ví otra que arriba... ¡arriba! (ya nadie la acompañó)
como el ave del espíritu solitaria se quedó.

A Woodrow Wilson

¡Coros americanos de amor y de alegría!
¡Estudiantes, cow-boys, marineros, poetas!
¡Coros de la esperanza! ¡Coros de la energía!
Para decir con una sola garganta ardiente:

Woodrow Wilson, hoy día
canta por tí la frente.
Woodrow Wilson, campana
de luz del Continente!

Yo amo el sol. Amo la vida. Creo. Camino. Sueño.
Todo el licor salvaje de la acción y el ensueño!
¡Mujeres, nubes, árboles, aeroplanos, banderas!

Yo me fui por el mundo
con los colorados zapatos calientes de mi corazón!
Y vi el odio. Vi el mal. Vi la envidia y la muerte.
Pero vi que el sol era siempre en todo más fuerte,
y en un alcohol celeste me herví más la emoción;
y me dije en lo íntimo del pecho dolorido:

hay que ser como el mar:
recogerse en la noche, violento, oscurecido,
y amanecer azul y atacar... atacar...

Y por eso hoy te canto, Woodrow Wilson de acero.
¡Columna de armonía, de fe pura y de luz!

(Por tu camino cálido de una porfiada ruta
 pasó un día el Quijote y nuestro amor: (... ¡Jesús!)
 Woodrow Wilson, erustero,
 único Doctor claro de la Universidad,
 único Presidente del sombrero de copa
 con el saludo lleno
 de lágrimas y estrellas para la Humanidad;
 único Capitán de la fuerza sin odio
 Capitán de Fe y de Voluntad!

Llegan los emigrantes de la Europa sombría;
 allá la estatua grita su brazo: ¡Libertad!
 Los rascacielos prenden su loca joyería;
 Browcklyn curva su puente, ¡multitud! ¡voluntad!
 Y en el vapor sonámbulo que pitea en el puerto,
 los emigrantes sueñan: lo que hemos descubierto!
 corren picos de espuma: ¡bienvenidas de olas!
 Y entre los taciturnos acordeones ingleses,
 estallan las calientes guitarras españolas,
 y dan su zapateo de sangre y fantasía
 los bailarines rusos...
 ¡Camaradas, confianza! ¡Nueva vida! ¡Alegría!

¡Coros de los audaces emigrantes de Europa
 que a la América llegan enfermos de ilusión!
 Porque es la tierra que alza para todos su copa
 y el mar aún está nuevo de Cristóbal Colón.
 Y hay más que Roosevelt cínico de su dólar más fuerte,
 hay Wilson con su cálida paloma universal.

¡Por Wilson que en la hora del cañón y la muerte
 abrió su fe en un vasto sol firme y fraternal!
 ¡Y no dijo palabras de maldad vieja y fría!
 ¡Por Wilson, que hizo el sueño que hoy estremece y guía
 a nuestros corazones sonoros de su fe!
 ¡Coros americanos, de amor y de alegría,
 de una nueva esperanza y una más alta sed!

Walt Whitman

Junto al mar tiro este grito de colores
saludo y partida
de mi alma con tu alma ¡Walt Whitman!

¡Sé nadar! ¡Sé remar! ¡Sé cantar! ¡Sé montar a caballo!
Mi revólver tiene doce tiros
y mi motocicleta es alegría como el sol.

Yo soy el que ha corrido
con un corazón loco de confianza,
a fraternizar por todos los caminos con los hombres.
Yo soy amigo de acróbatas,
de tipógrafos, de enfermos, de campesinos y boxeadores.
Yo soy el que puede, de repente,
tirarlo todo atrás, libros, familia, amor, casa y amigos,
sólo por el placer viril
de ensayar mi corazón
en otros días solos y dramáticos.

¡Oh, querido Walt Whitman!
¡Voluntad! ¡Vigor! ¡Alegria!
Yo soy el que ha corrido por todas las ciudades
gritándoles loco de esperanza
a pobres poetas sin fuerzas y sin luz.
la salud nueva de tus cantos puros!

¡Tus cantos donde ha puesto la mano la tierra y el cielo!
¡Tus inmortales cantos hechos de mortales sueños!
Porque sólo tú eras el arpa mística y salvaje
donde a tu música de remotas geografías,
mi vida era otra vez frescura clara;
y en las noches me llenaban extraños y anhelantes
designios de pureza, de perfección y fuerza.

Yo te leía y después parecía que volvía del campo.
En mi corazón se alzaban altas, veloces y alegres,
las velas de la Curiosidad, de la Energía y el Entusiasmo.
Tú solo eras el que me hacía más caliente ésta línea de
esta violenta voluntad de marcha, [pasión
este ardor, este amor a los héroes,
a la libertad y la personalidad
que es el ancho altar de mis caminos,
donde tercamente puro y solitario
me muero y quemo,
me quemo y subo,
¡subo!
¡Walt Whitman!

¡Arriba las almas!
¡La caballería, la música,
los jardines, las flores, el mar y las mujeres!
¡Cuatrocientos nadadores en la ola de tenaz cabeza ale-
[grel

¡El incendio! La dramática estación con la partida de los
Lo que hay arriba de la Cruz del Sur [trenes]
y lo que hay debajo de los párpados fantásticos de los
locos.

¡La total sinfonía de la tierra y la vida!

¡El hijo de Dios que vino con sus cantos de fuerza y esperanza!

¡Eso eras tú Walt Whitman!

¡El perfecto camarada! ¡El Revelador!

¡Nuestra gran fuente de fuerza, americanos!

¡Oh, querido Walt Whitman!

¡Oh, Capitán, mi capitán, mi Capitán!

Más que todos los filósofos

tú me enseñaste fuerza y nobleza,

con tus ágiles ojos celestes

y tu cara de aurora

en los humos de tu barba de santo natural.

Oh, Capitán, mi capitán. ¡mi Capitán!

Tú dices: todo vuelve.

Pero yo contra tu pecho grito:

¡nada vuelve!

¡la fuerza es ir locos de confianza hasta el fin!

con nuestros corazones sonoros como truenos

marchando hacia adelante sin cesar.

NOCTURNOS

Nocturno N.^o 1

Por la callada llanura
sólo yo contigo, inmensa noche extraña, brutal, dura,
sólo yo con mi caballo y tu cielo de tormenta
que los relámpagos muerden y la tierra escucha,
[atenta.

Y algo vivo hay en los cardos que yo siento sus mi-
[radas.

Se acumulan nubes blancas, sordas, triste, trabajadas
que se enredan y se aprietan y se van desfiguradas
así como en mí se fueron tantas cosas desgarradas.

Me refresca un repentino chicotazo de aire roto...
mi caballo brinca... ¡envuélveme más en tí, viento
[remoto
viento puro ¡viento libre!

...raja un trueno dolorido

y otro trueno, toro negro que va huyendo enloquecido
la enlazada fulminante de otro rayo. Y ya estoy ciego
de relámpagos que se abren con su atroz desasosiego.
Y hacia el lado de la muerte corre el viento poderoso
y mi corazón se aprieta con un miedo misterioso.
Y la lluvia cae... arrecia... vuelca cubos... es un mar...
y más corre mi caballo... ¡con el alba he de llegar!

Mas me arranco mi sombrero para tí, lluvia fragante,
para darte mi cabeza dolorida y calcinante.
Y joh, si adentro me cayeras con tu fresca platería
allí donde tan amarga se ha quedado el alma mía,
allí donde tan reseca se ha escondido mi alegría!

Nocturno N.º 2

La noche más que el día funde en un hondo nudo
tu corazón celeste con mi corazón rudo,
porque yo más te llamo, y te busco y te siento
cuando la noche negra, me abisma el pensamiento
y en mi raro estupor de vivir, sólo miro
y comprendo mi angustia y mi sed. Mi suspiro
corre tras tu susipro. Mi taciturno espanto
busca tu temblor fino de paloma. Mi llanto
se enreda entre la cinta caliente de tu voz:
¡Sólo viendo tus ojos he comprendido a Dios!

La noche más que el día me hace un hombre sensible.
Es una copa roja, nocturna, incomprendible
mi corazón: en él recojo tu mirada,
sorbo a sorbo te bebo con una sed porfiada
huraña y fatalista que te hace en mi más bella.
Borracho solitario que aprieta su botella
yo aprieto por las calles mi corazón. Yo siento
que ese es el solo vino que ama mi ser violento,
el que me da esta única embriaguez que yo pido
cuando la noche negra nos hunde entre su olvido.

La noche más que el día me hace un ser palpitante,
un alma que se va no se adónde, anhelante...

Como las costras bruscas de una lepra sombría
 se me cae a pedazos la comedia del día.
 Mi alma es pura, es fantástica, es profunda y es buena;
 se cae toda en tí como la luna llena.
 Te hace un collar sonámbulo de perlas sollozantes.
 —Oh, misteriosos sueños! ¡Oh deseos jadeantes!
 Y a tu lado honda y muda mata todos sus filos
 en la sinceridad de tus ojos tranquilos.

Nocturno N.º 3

Heme aquí en la gran noche de la pampa, perdido
 bajo el grandioso y loco árbol estremecido
 de las estrellas, dándoles a las sombras mi paso
 con un azul y helado corazón de payaso.

Heme aquí extrañamente perdido y desolado
 sin comprender mi alma, con un terror callado
 frente a la profundísima noche desconocida,
 viendo que sólo absurda y atroz me fué la vida
 que ni sé por qué he amado, ni he sufrido, ni espero
 aún algo de las cosas como un aventurero.

Heme aquí por primera vez frente a mi destino
 fantástico de pena y horror en el camino.
 Triste de la alegría y triste del pensamiento.
 Seguro de que todo se acaba a olvido lento.
 Lejano y solitario como una tumba en mi alma
 y buscando en la noche no sé qué amor, qué calma
 por la delicadeza de los sitios sencillos,
 como uno de esos pobres enfermos amarillos
 en quienes la esperanza —esperanza espantosa!—
 es ya sólo una muerte perdida y silenciosa.

Nocturno N.^o 4

Me la llevé corriendo por el más hondo lado
de la noche y las rosas del jardín empapado
de latidos y lágrimas... Las heladas vihuelas
de la luna, las locas y tristes castañuelas
de las estrellas; mi alma que se enredó en su mano,
lo inmenso, lo fantástico, lo oscuro, lo lejano,
los que allá se quedaron con su dicha y su fiesta
todo nos dió el misterio de la otra vida y de ésta.

Y empolvada de risa, agil como un payaso
hasta el banco más solo me la llevé en mi brazo,
me la llevé corriendo hasta que, al fin, caímos,
caímos como locos rompiéndonos racimos
de besos, hiedras ciegas de besos, ¡oh, millones
de besos con su ruido caliente de gorriones!

Una vertiginosa angustia deliciosa
daba esta solitaria comida milagrosa
de mi boca en su boca, en su cuello, en su espalda;
volcó su vino azul mi cabeza en su falda
y todo se lo dije: mi alma está triste y loca
sólo tengo en la vida tu silencio y tu boca.

Lleno de odio y de muerte, de amor y de alegría
Andé... andé... andé ¡esa es la historia mía!
Y me envolvió en sus hombros desnudos, en su olor,
sus sortijas, sus lágrimas, sus sedas, su temblor,
y mi lejano y solo corazón junto a ella
tembló... tembló... tembló... tembló como una estre-

[lla.

Nocturno N.^o 5

En qué aguas vivas y anchas, en qué profunda fuente
de mi pecho, alma mía, te bañas temblorosa
que de mi ser oscuro y amargo, de repente,
sales como la luna: blanca y maravillosa.

Y en la noche estrujada de una angustia infinita
curvas el hierro hurao de mi vida violenta,
de mi vida de hombre que combate y se agita
con el pendón sonámbulo de una luz de tormenta.

Alma mía, que te alzas dulce y aplacadora
sobre el fogoso espanto de mi insomnio sutil,
paloma turbulenta, dolorida y sonora
que amanece empapada de un rocío febril.

Somos el trigo huérfano que muele en su molino
frenético el destino con un salvaje ardor.
¡Molinero sonámbulo! ¡Molinero asesino!
La harina va cayendo: dolor, dolor, dolor...

Alma mía nocturna, firme y triste esmeralda
de una mano estridente de amor y de pelea.
guitarra vagabunda donde curvo mi espalda
para llorar en donde nadie llorar me vea.

Alma mía nocturna, alma mía anhelante,
¡cuánto amor! ¡cuánta muerte! ¡cuánta sed! ¡cuánto grito!
en este enloquecido corazón trashumante
lleno de un solitario sufrimiento infinito.

Nocturno N.^o 6

¡Maravilla infinita de la noche estrellada!
Perlas enloquecidas, diamantes de temblor,
toda la joyería de Dios desparramada:
la Cruz del Sur, Andrómaca, Sirio, la Osa Mayor.

Joyeró misterioso, joyero sabio y fino
que abres tu escaparate sonámbulo al camino,
quién fuera ese diamante con su temblor divino,
para llevarlo trémulo de una pasión callada
—única joya limpia y con amor ganada!—
hasta la mano fina de la mujer amada.

Mi amada es dulce y fuerte. Contra mi vida ruda
suave cabrita huérfana, se apretó conmovida.
Le dije: mi camino es de sangre y de guerra,
yo he sentido el terrible dolor que hay en la tierra.
Mi mal, ya es un mal hondo, solitario y maldito
¿qué hará con tus collares de lágrimas, mi grito?

Me dijo: iré contigo, seré tu compañera
Toda la fiesta pura de mi cuerpo te espera...
Se bailar. Se cantar. Se donde está el olvido.
Y me abrió el abanico solo de sus cabellos.

Joyeró alucinante, joyero estremecido
qué diamante profundo, lento y desconocido
hasta el alba temblando tú has pulido para ellos.

Nocturno N.^o 7

Yo amo las rosas y el vino, la carne ¡amigo! la fuente
de luz para Omar Kayam y el arpa de Salomón.
Andarín de unas sonrisas locamente, finamente
junto a sus hombros de luna, yo perdí mi corazón.

Yo sueño otra cosa loca, más viril, fresca, humorista;
irme a correr una vida de platillos y tambores
de zapateador, acróbata o de pintor futurista
que hace huir a los imbéciles con sus cubos de colores.

Cada copa es en la mesa una fresca danzarina
de seda sentimental;
y en los amigos se enreda con la misma serpentina
del corazón la locura de esta hora fraternal.

—Yo lo digo: nada es cierto. Es solitaria la vida
del hombre. El frío nos viene de la máscara de Dios.
—¡Camaradas! yo lo siento: la hora es roja y ya está
[henchida.

Miro duras caras fijas... Crece en la noche la voz.
—Yo soy ese de la loca calle de los marineros.
Mi amada es Rosa o María. Tengo un amigo ladrón.

Yo le sueno en mis bolsillos a la muerte los luceros
que ví en la noche del trópico en una navegación.
Cada copa es en la mesa una fresca danzarina
de seda sentimental.

Y las horas van pasando como pasa la neblina:
humedeciendo con lágrimas la ternura del cristal.

Nocturno N.º 8

Dolorida en la luna se va la carretera.

Me voy a sentir más hoy tu alma allí;
dolorido en la luna que me mira y espera
y da su solitaria paloma mensajera
que va como acordándose de tí.

Miro las soledades misteriosas del cielo
y nada es más profundo que tu amor;
bailarín de amargura, zapateador de hielo,
tú eres, ¡oh, Sirio, dulce violinista del cielo!
lo que me ha comprendido aquí mejor.

Pero tú eres la luz que tiembla allá;
Voy solo. Voy cansado. Voy ciego. Voy perdido.
y esta noche de luna, que es música sin ruido
me va poniendo tu alma como en un hondo nido
sobre mi sollozante eternidad.

Con mi sombrero negro empapado en la luna
yo te contaré todo mi dolor...
Le pediré a la muerte más pavor que nos una,
le pediré a la vida más caliente fortuna
de besos, de locura y de temblor.

Yo te contaré toda mi historia de hombre errante
que un día al mundo amargo se lanzó.
Era al partir alegre el joven caminante,
más tarde, curvo y triste, pero más anhelante
su corazón, sangriento, regresó.

Y no se hizo filósofo ni aprendió el humorismo
de los que sólo quieren engañar.
Vió que en la vida sólo el olvido es el abismo
y que su gran secreto es ser siempre uno mismo
y con el alma cálida, esperar...

Y vió que el amor era la única ruta clara
y que por eso sólo hay que existir;
—oh, amada la más dulce, la que aclara y compara!—
yo que he partido en tu alma y he llegado en tu cara
ya sé para qué tengo que vivir.

Sé por qué ante la luna tiemblo como un poeta
del tiempo de Musset y Jorge Sand;
y a veces más que el ritmo de mi ciudad inquieta
busco las sombras íntimas de alguna plazoleta
donde otras cosas íntimas están.

Y por qué mi alma vibra cuando miro unas flores
y en el fino y azul atardecer
en mi cabeza zumban palabras de colores
y ante las joyerías, mojado de fulgores,
me quedo fino como una mujer.

Y por qué hago mi paso más lento en los caminos
y en todo enreda mi alma su emoción;
y bajo las guitarras nocturnas de los pinos
en la hora de los grandes crepúsculos marinos
tengo una misteriosa agitación.

Nocturno N.^o 9

Onda
que ha recogido en la noche
la antena sonámbula de mi corazón.

Onda,
lejano aleteo caliente de otra alma
en mi alma...

Llegada de un desconocido
éter íntimo de fuerza y de dicha
que empapó súbito mi corazón
de una invencible y misteriosa
fe en la vida.

Yo era el muerto
hombre negro de las calles.

Yo era el curvo
andarín que fué quedándose en las lágrimas.

Onda
que no sé de donde has venido
traída por la noche y el silencio
a mi alma.

Aciso

bajo las sensuales estrellas del trópico,
afirmativa y todopoderosa,
te alzó al coro de islas lejanas
el corazón azul
de un emigrante joven;
acaso,
—aventurera chispa cálida—
te arrancaste a la esperanza
de un nocturno jinete
de la pampa;
acaso,
cerca ya de la luna ártica,
un explorador de ojos celestes
martilló su voluntad contigo
entre mares solitarios y furiosos...

Onda,

perdido labio de fuego
del corazón porfiado de la vida!

Onda,
que esta noche has venido a decirme
graves palabras del destino:
NO ESCUCHES NADA
ANDA.

El cuerpo en la luz

Loa del fut - bol

¡La pelota ríe y canta!
¡La pelota zumba y vuela!

Y es el polvo una serpiente de algodón que se levanta
tras el ágil jugador que de un salto se revela.

¡La pelota ríe y canta!
¡La pelota zumba y vuela!

Y es la tarde que va abriendo su sombrilla de colores
sobre el campo donde están los jugadores
entre el marco de la fiesta popular:
treinta mil caras que ríen y mujeres con sus trajes
que en el viento son mensajes
que no sé dónde, se quieren, tan nerviosos, escapar.
Mas, de pronto suena el pito
que prepara la partida.

Todos callan... se oye un grito
y es al fin la acometida
en que salta la pelota,
que se va como bailando de pie en pie
por los aires una jota
de acrobática alegría que uno casi apenas ve.

Jugador de blanca y roja camiseta
que, de pronto, arrebatado,

zig-zaguea, jubiloso la gran Z
 de un ataque combinado
 junto al otro, que al cruzársele en un paso de emoción
 cae al suelo y, trémulo ¡ay...!
 se levanta otra vez como de una eléctrica impulsión.
 Pero suena el breve pito de un offside
 y de nuevo va rodando la pelota
 que ya traza un arco iris momentáneo sobre el cielo,
 o epiléptica, rebota
 en los pies que hacen con ella como encajes por el suelo.

Mas ahora, azul y blanco otro adversario,
 se la lleva... se la lleva... se la lleva... se la lleva...
 se emociona allá el golquiper solitario,
 pero surge el back, que al salto que lo eleva
 un instante es sobre el sol una escultura,
 mientras ya como un cohete volador,
 la pelota que se queda como un astro por la altura,
 otra vez cae en el suelo con un ruido de tambor.
 Y de nuevo se levanta
 con su eléctrico vaivén...

(En la tarde ya se va la luz que canta...
 Vuelan pájaros al norte... por el cielo corre un tren...)
 y a un aplauso que, de pronto hervie en toda la tribuna,
 cual si fuera un taponazo de botella de champán
 la pelota va a decirle no sé qué cosa a la luna
 que al volver llega riéndose con su pen, pin, pen, pan,

[pan...]

Y ya loca, loca, loca,
 de su clada ligereza,
 tiembla, silba, fuga y choca

de ese tórax a esa espalda, de esa espalda a esa cabeza,
 hasta que, ávida en la luz, nerviosamente
 y de un grupo que es un drama de oro y tierra bajo el sol
 se va como una estocada de repente
 ¡y es un... goal!

En el foot-ball todo es clara poesía,
 luz de sol, viento viril y panorama
 que le pone a uno en la risa azul del día
 todo fresco el corazón como una rama.
 Epopeya fraternal del Movimiento,
 es la vida con su múltiple aletazo creador:
 drama, música, paisaje, sol violento,
 geometría que se mueve en la pelota por el viento
 y pintura que en el suelo multiplica su color.
 Fiesta mágica del Músculo,
 es América que hoy grita ¡anunciación!
 con su gran trompeta de oro ante el crepúsculo
 de esa Europa roja y negra de la cruz y del cañón.

Y guardadme ahora un secreto que os revelo,
 yo no sé si por encargo de Ruben o de Perrault:
 que la luna es la pelota de fútbol que está en el cielo
 para ese otro fútbolista de colores,
 que en las tardes es el sol.

Mañana con el alba

Mañana con el alba, yo me iré, madre mía,
mascando mi secreto de sangre y de ironía.
Sólo quiero partir, irme, no importa dónde.
Mi vida, su alegría, todo aquí se me esconde,
mi corazón... mis puños... Yo tenía una fuerza
que esta ciudad astuta, comercial y perversa
la hizo fría y triste... Mi bastón, mi sombrero,
nada más. El camino como mi alma es ligero.
Y de mejilla hermana y de pan y carbón
¡mi corazón! ¡mi corazón! ¡mi corazón!

Maquinista o acróbata, marinero o ladrón
yo partiré mañana, madre mía. Es pasión.
Es instinto este loco deseo de partir.
He sufrido hasta el llanto que no sabe salir.
Mi alma está triste y huérfana, yo no quiero esta cara
de palidez de tísico, esta amargura rara
que mata el fondo vivo de mi ser arbitrario,
vagabundo, humorista, gozoso y visionario.

Poeta de las máquinas, del sol y de la tierra,
yo necesito todos mis nervios con su guerra.
Vivir es ir, pelear, vencer o destrozarse.
Quien lleva más la luz es el que más la esparce.

¡Mañana ya os veré, cielos altos y plenos,
estaciones queridas, noche loca de truenos,
(cae una lluvia súbita de temporal... helado
de frío en una puerta miro el juego encantado
de los grandes relámpagos, ¡el pampero! ¡oh, frescura!
cruza llena de chispas, de fuerza y de locura
una locomotora...) Mañana yo os veré
amigos de las luces últimas del café.

Puerto de las calientes guitarras populares.
Llegan tres marineros y una mujer... cantares
remotos... Una súbita carrera de tambores
derrama una matchicha de frutas y de flores.
Y pasa la pareja movida como el mar,
¡trenza de sangre y alma! ¡trompo de luz! ¡altar!

¡Mañana ya os veré mar de los grandes cielos
que lavan las heridas de los hombres... pañuelos
de los adioses finos. ¡Mar donde el corazón
hace más pura su alta y solitaria pasión!

¡Qué concordancias fuertes de mi ser con las cosas!
Mi alma se lanza en todas sus ruedas misteriosas.

¡Qué salvajes y frescas serenatas de luna!
Mis versos van sonando mi cálida fortuna.

Porque mañana, madre, mañana, madre mía,
me iré en el alba pura cuando se rompa el día.

Buenos Aires, 1918.

Los vientos del Perú

¡No hay nada en el mundo, ni el sol, ni la guerra
como los salvajes vientos de esta tierra!
Ni el acuchillado perfil de la sierra,
ni el rayo que vibra, ni el trueno que aterra,
ni el mismo relámpago que se abre y se cierra
y el mar que en las playas se aferra... se aferra...
¡No hay nada en el mundo, ni el sol, ni la guerra
como los salvajes vientos de esta tierra!

Aires ululantes que agitan pañuelos
de polvo en la fuga de los grandes vuelos,
pero que más suaves que los terciopelos
cuando se entrecocan de vagos anhelos
parece que entonces bajo de los cielos
y en una locura de mil ritornelos
se fueran bailando sin pisar los suelos
la vertiginosa danza de los velos.

Tropicales ráfagas que yo rememoro
porque a sus cien rubias trompetas en coro
les debo este gesto con que nunca imploro,
con que nunca tiemblo, con que nunca lloro...
Tropicales ráfagas que yo rememoro,
cuando en las llamuras donde muje el toro

y el caballo alegra su clarín sonoro
se iban dando vueltas como trompos de oro.

¡No hay nada en el mundo, ni el sol, ni la guerra
como los salvajes vientos de esta tierra!

Casuihiras del monte, saltantes felinos
que arañan y trepan los árboles finos
y jugando al juego de los remolinos
—oh, azul borrachera de goces divinos!—
suenan en las ramas, cantan en los pinos
y se van rodando tras los campesinos
que en las tardes vuelven por esos caminos
donde la carreta de bueyes cansinos
parece que llora como los molinos.

Pamperos violentos que en las madrugadas
del campo entreabrirán las puertas cerradas
como a una nerviosa lucha de estocadas,
yo aprendí en vosotros mis rudas tonadas
y el ir por el mundo como las cascadas:
a saltos, impulsos, carreras cladas
y no sé qué angustia de cumbres sagradas
que me hace ser todo velas desplegadas
para las más hondas rutas ignoradas.

Ciclones marinos que inician un viaje
que nunca se para sobre el mar salvaje.
Y pifian la fusta de un loco carroaje
que es la desbocada visión del paisaje.
Rompen las estatuas que esculpe el oleaje,
atacan los buques como al abordaje

y como en Esquilo dicen un lenguaje
que es más la tragedia de un alma salvaje.

¡No hay nada en el mundo, ni el sol, ni la guerra
como los ciclones del mar de esta tierra!

Mascañas dramáticos de los temporales
en las sensitivas mañanas rurales
—olor a aguas vírgenes, a selva y maizales!—
¡Oh vertiginosos sátiros joviales
que a las campesinas de senos frutales
tirábanles locos los leves percales
como si quisieran, ebrios y sensuales,
llevárselas rápidos hasta los trigales...

Yo aún no me he olvidado que vengo de aquellas
ciudades con cumbre viril de epopeyas
bajo el parral de oro que hay en las estrellas.
¡Si aún siento en mi sangre palpitá las huellas
de aquellas salvajes y dulces doncellas
que a los españoles —lanzas y centellas—
por ver a Atahualpa morir junto a ellas
les decían suaves como las estrellas
qué cosas tan tristes... qué cosas tan bellas...

Vientos, vientos, vientos de mi tierra, leones
que el polvo enmelena con sus algodones,
vámonos frenéticos por las poblaciones
de esta vieja América con sus tradiciones
que hacen de las gentes siervos y bufones

y arrollantes, trágicos, rompamos canciones
que agiten como émbolos a los corazones,
refresquen las almas y alcen las pasiones
en las rojas lanzas de otras rebeliones.

¡No hay nada en el mundo, ni el sol, ni la guerra
como los salvajes vientos de esta tierra!

1918.

Serenatas
Y
Canciones

Serenata de Zuray Zurita

Tiene párpados de luna mi agonía
De la mar yo vine loco de soñar.
Me perdí en un puerto mudo donde el día
estaba muerto de esperar.

Zuray Zurita
¿no me oyes llorar?

A la mar me fuí con vela de colores...
De la tierra estaba sucio de luchar...
Tercos sueños cazadores
dolorido de caminos y tambores,
yo la quería esperar.

Zuray Zurita
¿no me oyes llorar?

Y le dije a la paloma y a la estrella:
mi corazón la quiere encontrar,
moribundo de canciones voy tras ella
y es más muda que la muerte ¡y es tan bella!
y es más fina que la mar.

Zuray Zurita,
¿no me oyes llorar?

Me ha manchado la amargura
años arduos y asesinos me han enseñado a olvidar...
Luna azul de mi sombrero: la locura,
y mi capa de andarín: todas las olas del mar.

Zuray Zurita
¿no me oyes llorar?

Y le dije: vengo extraño,
no me puedes recordar,
gota a gota di mi sangre todo el año...
estoy ciego de llamar...

Zuray Zurita,
¿no me oyes llorar?

Tiene el cielo una campana
y un jardín tiene la mar.
Volanta de cintas llena de mañana,
la vi... y no la pudo mi alma alcanzar.

Zuray Zurita
¿no me oyes llorar?

Yo he visto en almas y en pechos
a un alacrán perforar...
Yo he visto hogares deshechos
y a payasos de colores que a la luna de los techos
daban un brinco estelar.

Zuray Zurita
¿no me oyes llorar?

Yo tenía una alegría,
con el arpa de la aurora me ponía a caminar...
Pérfida languidez de la melancolía
me iba una seda lenta matando día a día
y mis ojos se perdieron en las estrellas del mar.

Zuray Zurita
¿no me oyes llorar?

Canción de la cabecita elegante y dorada

Cabecita elegante y dorada
— trigo en música y oro en chispa matinal —
que yo descubrí de repente en el Cine
con una nerviosa mirada
sentimental.
La mano,
joya viva de cristal y rosa y seda
como para que en un cuento se la robase un enano,
sube, se agita, se enreda
y es como una blanca y loca golondrina
que ha llegado toda inquieta
a aletear
junto a la diminuta jaula en flor de la peineta
que no la deja entrar.
Y es la danza de los volatineros
dedos con sus sortijas que yo pienso que son
un tropel bailarín de duendes sepultureros
que se han llevado allí mi corazón.
Cabecita elegante y dorada
cabecita antigua, cabecita clada,
en qué telas
en otra América Española, yo te he visto alguna vez

con el sud-americano
peinetón colonial de las abuelas
en la tertulia del patio con glicinas
y lunas de magnolias y soles de tanjarinas.
Cabecita elegante y dorada
de qué mina arrancó Dios tu tembloroso
mineral que ha entristecida para siempre mi morada.
No te inclines... no te vuelvas... por favor!
Y salta a hora ligero, ligero
corazón marinero
de la proa elegante que en su moño altanero
tiene un barco de seda para morir de amor.
Ah, cabecita elegante y risueña
pero que tal vez solo sueña
con un flamante y rígido novio de figurín
y llora a esas películas donde es pastor el príncipe
y no comprende nada de Carlitos Chaplín;
y que no sabe
cuando se asoma los domingos
con el grupo musical de sus amigos
al balcón
qué sollozante y pálido segador de sus espigas
se curva desolado entre mi corazón.
Me has vuelto loco, cabecita rubia,
pero no sabrás nunca, nunca, nunca
por qué mi corazón fino y viril como una espada
se ha quedado para siempre ¡oh cabecita bella!
¡Oh cabecita amada!
temblando de dolor como una estrella.

Canción funambulesca

Acróbatas, andarines y palomas.

Encaje azul de la luna suspendido en la guitarra

Angeles curiosos junto al piano de ella.

Sobre la mesa, solo, el abanico tierno

Serpentina, columpio, trampolín, cometa.

Flor del Mar... nubes felices... marineros...

Puerto de joyas, de lágrimas, de locos y buques muertos,

Acordeón... trenzas azules... pipa lenta...

Polichinela, gaviota,

Copa perdida... regreso...

Corazón,

pájaro ciego...

Auxilio en el mar... hemotisis... se lo llevaron...

¡se lo llevaron!

Noche de Luna... Isabel... platillo... rosa... suspiro...

las regatas de colores de su risa en el jardín...

Arabe... tambor... puñalada... potro nocturno... si...

{rena...

Luna de tapias... un puente...

llegaron los carabineros!

Cuelga el ahorcado en un árbol.

Pasó el farol de las brujas...

Entre un zapato de seda le di una rosa amarilla

Amaneció el piano abierto...

A las tres de la mañana mueren todos los enfermos.

¡Madre, no viene... ¡no viene!

En el cuarto solo el espejo lleno de dramas fijos...

Lucerías de la fiesta...

El sermón del violonchelo a los escépticos.

Palidez.

Espanto.

Jota.

Pantomima, frac, angustia.

Calavera del payaso...

Abanico,

volatín,

canción,

olvido,

lucero azul de la aurora

y en la mesa solitaria del que dió su corazón
un revólver y una rosa que ella nunca me dejó.

Canción desolada por un muerto

Solo, olvidado se quedó muerto
junto a mi cama del hospital;
nariz de hielo, párpado abierto,
solo, olvidado, se quedó muerto
junto a mi cama del hospital.

Diez y nueve años solo tenía
la tisis trágica se lo llevó.
Luna y acero su alma... ¡alegría!
diez y nueve años solo tenía
la tisis trágica se lo llevó.

Su novia joven se irá a la vida
con otro novio de voz azul.
Solo se muere lo que se olvida...
Su novia joven se irá a la vida
con otro novio de voz azul.

Abrió la noche pura, estrellada
se colgó lágrima por el cristal.
Cabeza muerta sobre la almohada;
abrió la noche pura, estrellada,
se colgó lágrima por el cristal.

Le puse un ramo azul de violetas
porque era fino mi corazón.
La muerte hacia sus morisquetas...
Le puse un ramo azul de violetas
porque era fino mi corazón.

Murió a mi lado ¡hermano mío!
¡hermano mío! ¡desolación!
Todos marchando rumbo al vacío.
Murió a mi lado ¡hermano mío!
¡hermano mío! ¡desolación!

Triste la vida, triste la muerte,
¿adónde el grito se ha de llevar?
Para el más puro, para el más fuerte,
triste la vida, triste la muerte
¿adónde el grito se ha de llevar?

1920.

Canción de luna

Penas tengo que llorar.
Del olvido volví negro,
pero al mar me voy corriendo
con la sed del corazón.

Porque abierta está hoy la sábana de la luna en la pra-
[dera]

y de mil ojos sensibles me he vestido hasta los pies
para encontrar
mi alma, y llorar...

Desparramado corazón de los caminos
tambor sonámbulo de unos amores
que me han perdido
¡que me han perdido!

¡Corazón grave de las ventanas!
¡Lamparín solo!

Que en su guitarra lenta de nubes me llore hoy su alma
y mi sombrero negro empapado de luna y muerte
nunca salude
más a esas turbias
gentes malditas
¡gentes malditas!

Porque abierta está hoy la sábana de la luna en la pra-
[dera]

y aunque yo llevo en mi pecho la alta angustia
trompos frescos de cristal, trompos de luna,
cantan las ramas celestes
por el amor y la dicha de las tres niñas del pueblo;
por las tres enamoradas
del telegrafista tísico
que hasta el alba solo queda
como el ronco espanta-pájaros de las últimas estrellas.

¡Tambor de la manzanilla! ¡Vía-Láctea de las margaritas!
sed dulces para la dicha de las tres niñas del pueblo
cuando en la estación se quedan
con un fino aire de huérfanas
viendo el tren que se va al cielo...
¡que calle larga y soñada
de joyerías y novios que apenas pueden pasear...!

Porque abierta está hoy la sábana de la luna en la pra-
[dera]
y a besar la mano fina de una estrella que es mi novia
he tirado mi sombrero...

¡Luna grave de los pinos, molinera de la noche,
ya descalzo baja el día con el buen trigo del sol,
y aunque yo llevo en mi pecho la alta angustia
hasta el mar me voy corriendo
con la sed del corazón!

El amor:
Los paisajes:
Los amigos

Carta sentimental

Cómo olvidarte cuando fuiste la compañera
más dulce de mi vida en aquella ciudad,
si lírico y vibrante junto a tu primavera
me hice todo ventana para la enredadera
que vi en tus ojos hondos como la eternidad.
Me alimentó tu risa como un celeste trigo...
y para mi cansancio tu voz sentimental,
siendo la almohada única, también era el abrigo
para un dolor de mi alma que yo a nadie le digo
porque me hace sensible como un fino cristal.
Pero hoy otra vez, solo, solo, vuelvo a la vida.
¡Yo no debí alejarme de tu lado jamás!
No sé por qué en el alma ya siento esta partida
como una cosa llena de muerte allí escondida
que me llora tu helado ¡nunca más! ¡nunca más!
Ah, por qué no besé como un loco tu cara,
y tu cuerpo, y tus manos, esa última vez;
por qué no abrí a la luz de tu vida tan clara
toda esta vida mía con no sé qué del Sahara
y su clarín de arena de hastío y palidez.
Lleno hoy de tu nostalgia sutil y persistente
me he puesto más que nunca todo en seda al dolor;
en la mujer que pasa, pasas tú por mi frente,
me entristece la música que escucho de repente

y me hiere un suspiro... un paisaje... un color...
 Y si en la tarde, a veces, me hace olvidar un poco
 el ruido de la vida, la angustia de este mal,
 por las noches, no puedo... más solo y triste, evoco
 tus besos y tus lágrimas y, entonces, (joh, qué loco!)
 junto a la almohada tiembla como un niño sensual.
 Tú eras buena y romántica, pero no la Julieta
 de amores a la luna que platea al galán;
 tú eras como yo, cálida, nerviosa, humana, inquieta,
 unas veces alegre como una pandereta
 y triste a veces como los barcos que se van.
 Afelpando un recuerdo de jardín se dormía
 tu pestaña al silencio que, de pronto, surgió;
 pero qué clara y fresca rama de allí salía
 cuando, después del llanto, tu sonrisa venía
 como el arco - iris sobre la lluvia que pasó.
 En tu carta me dices que en la ciudad "han hablado"
 ¡quién sabe allí lo trágico de este ensueño en canción!
 Tú ya sólo en la vida sé el espejo encantado
 de este amor, árbol íntimo que se quedó inclinado
 sobre las aguas hondas que hay en tu corazón.
 A mí como al obrero me alza a la lucha ruda
 el pito de la fábrica, clarín de la ciudad;
 y entra a mi cuarto blanca como mujer desnuda
 la luz de la mañana, esa que tanto ayuda
 a tener todo el día con sol la voluntad.
 Por eso es que a pesar de todo el llanto humano
 aun guardo como un cuenco de miel mi corazón;
 y le abro el alma a todos así... como una mano...
 y fabulosamente triste como un gitano
 voy vibrando mi vida por toda población.

Pero yo quiero que esta vida que siempre elevo
 como si fuera la hostia que se alza en un altar,
 sea más por el ímpetu que a tus ojos le debo
 y por todo ese amor que ya sé que me llevo
 como la única cosa que al fin me he de guardar.

¡Noche buena mágica!

¡Noche buena mágica! ¡Emoción ¡Juguetes!
 Calles populares vibrantes de amores,
 largas estocadas de luz de los cohetes
 que arriba son pájaros de alas de colores;
 mientras, jardineró
 de su árbol sonoro
 baja el campanero
 por cada repique cien frutas de oro.
 Pero yo al rotundo son de esas campanas
 siento que despiértase el de otras lejanas
 campanas dormidas en mi corazón;
 y, entonces, me veo
 de la mano de alguien que era mi recreo
 hace ya quince años, por otro paseo
 que hacía fantástico la iluminación.
 Era en Lima, la aurea ciudad colonial...
 Te acuerdas, oh, madre, de la nochebuena
 tan sentimental?
 Yo aún miro la cena,
 los hilos de plata que el árbol llovía.
 Dios era en la casa
 el buen campanero de aquella alegría.
 A las doce pasa —
 el rey Baltasar — decía tu voz.

Los hermanos se iban con la azul quimera,
 pero yo esa noche sabía quién era,
 ese galopante Rey Mago de Dios.
 Más hoy estás lejos... tal vez subiendo una
 cuesta que es cansancio, fatiga y tristeza,
 blanca, blanca, blanca como si la luna
 te hubiese besado sobre la cabeza.
 Me cierro los ojos por verte mejor.

Y, entonces, quisiera,
 es tanto el dolor,
 irme hasta tu lado de una gran carrera...
 No sé como estás...
 Si eres la abuelita de plata del cuento,
 o la que madruga al repique vivaz
 para oír con los pájaros misa de convento;
 o; si todavía,
 desde la ventana que miraba al puerto
 como cierto día
 sigues la humareda de algún barco incierto.

Fué injusta la vida
 te acuerdas?, tuvimos que irnos a luchar
 todos los hermanos de esa despedida:
 unos por la tierra y otros por el mar.
 Pero espera... espera...
 No en vano yo he roto desde la trinchera
 recosida a tiros de mi corazón
 la pólvora loca de mi primavera.
 (Mi canto es la flecha de un arco en tensión!)
 Por eso en la erguida
 voluntad de mi alma sé que volveré;
 y que entonces, madre, con toda mi vida

con toda mi sangre te defenderé.

Venceré la muerte
conquistaré el oro
y como en la clara tarde en que me fui,
joven, puro, fuerte,
por el mar sonoro
volveré cantando después hasta tí.

1917.

Gabriela Mistral

Adiós, Gabriela
mañana me voy!

(¿Quién me alzó ese grave y fino centinela
junto a ese supremo diamante de hoy?)

Me enseñaste a ser más fuerte y más puro...
Ciencia secreta había en tu voz.
Mi grito era negro, mi pecho iba duro
tú me lo doraste con la luz de Dios.

Corazón de terca paloma votiva,
alma devorada por la caridad,
rosa compasiva;
espiga que dobla su lágrima viva
sobre el corazón de la humanidad.

Adiós, Gabriela,
mañana me voy!

Qué le diré a América
de tu corazón?

Que junto a odio, envidia, muerte, mal, dolor
a todos los seres de Jesús,

dabas sólo amor...
 amor... amor... amor...
 dabas sólo luz...
 luz... luz... luz...

Adiós, Gabriela
 mañana me voy!

1917.

Julio Raúl Mendilaharsu

Por la senda noble y clara,
 yo lo hallé,
 suave el alma, duro el paso;
 y si más caído y negro me encontré
 más celeste fué ese brazo
 que apreté.

Alta la flor de la frente
 inclinado el corazón
 yo lo vi,
 aunque estaba entre esa niebla que es la gente
 para toda estrella ardiente.
 Y me estremecí.

¡Compañero caminante!
 Tu hondo vino
 templa como una guitarra mi corazón...

Al partir
 tú ten mi pañuelo blanco y sécate un poco la frente
 que aun queda mucho camino
 y hay que llegar
 o morir!

1919.

Celeste es la sombra bajo las glicinas

Celeste es la sombra bajo las glicinas
danza, corazón mío, con tu herida feliz,
danza bajo las verdes y azules blondas finas
que mañana la angustia te hará trágico y gris.

Hoy danza y piensa en ella, sólo por ella danza
envuelto en la infinita ternura de la luz,
que el ser para la muerte y ser todo esperanza
fué la trascendental tristeza de Jesús.

Danza por la que vino con esta primavera
y nos dió amor, color, pasión y eternidad;
tapia salvaje y triste donde su enredadera
cubrió todas tus negras costras de soledad.

Otros se quedan secos y duros todo el año,
en tí ha sonado un claro clarín despertador;
hombre de lentes tristes abúlico y hurano
fumador pensativo de un sutil estupor.

Danza bajo las dulces lámparas cristalinas
que han vestido hoy mi pena de seda y resplandor.
¡Palomas y violetas!, ¡rosas y tanjarinas!
Hoy sólo quiero cosas de gracia, luz y amor.

Danza por la que vino de falena rosada
a mis sienes enfermas de pensar y sentir,
la de la lenta y dulce cinta de la mirada
que nos enredó toda la pasión de vivir.

Celeste es la sombra bajo las glicinas
corazón mío ¡pronto! a danzar, a danzar...
¿Penas? quien tiene penas, si estas son las cortinas
que alzó la primavera para poder pasar!

1920.

Noche

Es instintiva
esta pasión nocturna que yo tengo de andar
de buscar la más quieta soledad primitiva
de la pampa, y tirarme en la tierra a soñar.

Cuelga de las estrellas mi carne sensitiva
una esperanza terca que no puedo dejar;
y el misterioso cielo que me ve desde arriba
como mi corazón se pone a palpitárt.

La noche de la pampa, la noche inmensa y fuerte
que se apoya en la espalda de hierro de la muerte;
un sordo tren de carga late en la lejanía

y un incendio de chispas se pierde por allá,
y tú también te pierdes, fantástica alma mía,
y yo también me pierdo ¡todo es la inmortalidad!

1916.

Mañana humorista

¡Buenos días, pierrot!
le dije al blanco sol de esta mañana
que, súbito, rodó
en volantín de luz por mi ventana.
¡Buenos días, pierrot!
¡Pierrot de la empolvada morisqueta
¡bravo! por tu lucida voltereta.
Pero él, muerto, de risa, se burló:
tú que duermes... tú no eres el poeta,
el poeta... soy yo!

Sí, pierrot, qué has venido a despertarme,
el poeta eres tú, pero contigo
yo quiero levantarme
para cantar los dos un canto amigo.
Ya no más la pereza
del sueño de oro hasta las diez del día
¡yo no debo dejar que haya tristeza
en mis veintidos años, todavía!
Sí, pierrot, gentilísimo gandul
que de madrugada en un salto mortal
rompes el arco de papel azul
del cielo de cristal;
temprano, tempranito
saltaré de la cama

y apenas vea entrarte daré un grito
fresco como una rama;
y ante el balcón abierto
con vista a un trozo de luciente mar,
feliz de estar despierto,
tomaré el desayuno familiar;
mientras mis ojos miran los vapores,
y las velas y el pájaro dormido
que vaga por el cielo de colores;
pero al oír de pronto el alarido
del humeante vapor que va a zarpar
y parece que dice que no quiere
sentiré como ganas de llorar
de ir corriendo a decirle que me espere...

Sí, pierrot matutino,
sobre mi corazón triste y sonoro
pierrot sentimental, pierrot divino
vuelva tu copa de oro!

1915.

Carta abierta a Daniel de la Vega

POR SU LIBRO "CLARIDAD"

Daniel, lírico hermano, como en otra Odisea
sólo con mi alma abierta al sol de par en par,
hacia tu patria ruda de amor y de pelea,
un día en que tuvo águila dentro de mí la idea,
enfermo de ilusión, me vine por el mar.

Y junto al mar que tiene como un Van Dyck, su gola
en los encarrucados encajes de cada ola,
como un rosario en donde cada cuenta tenía
una indulgencia cálida para mi poesía
vi pasar tus modernas ciudades resonantes:
puertos que alzan los brazos de las grúas chirriantes,
ramilletes de fábricas que al sol que parpadea
cuelgan del cordón de humo de cada chimenea
y caletas con casas de idílico sabor
y que mandan canastas de frutas al vapor.
Pero a mí que llegaba con mis penas sutiles
flotando en una gasa de lágrimas viriles,
cuando te ví en "Zig-zag", no sé qué voz secreta
en el alma me dijo que tú eras el poeta,
por eso yo te di mis manos anhelantes;
y al besarte en la frente como la de Cervantes,
tal como se saludan los reyes en Europa.

— ¡Son a su modo Príncipes los poetas de América! —
 como al través del vidrio de seda de una copa
 te ví, limpia y purísima, toda el alma químérica.
 Tú me diste tu libro "Claridad", y yo Daniel,
 lo leí después tanto esa noche de hotel,
 que sólo por tus versos llenos de un don bendito
 al otro día, alegre, madrugué con un grito
 y al sol de la mañana por el jardín sonoro
 me fui a pasear al Cerro, mientras que tu canción
 me agitaba un repique de mil campanas de oro
 dentro del corazón.

Me llevaste, después, a tu casa con huerta,
 parrales dyonisíacos y árboles en la puerta;
 y como en cierta cena de la Biblia, conmigo,
 partiste de tu vino, partiste de tu pan,
 mientras que yo pensaba sólo con este amigo
 es más fuerte la vida y más puro mi afán.

Y me leiste versos de tus dulces amores
 y a la conversación ingenua de la mesa
 en el comedor claro de frutas y de flores
 tan refrescada en tu alma cordial vi mi aspereza
 que cuando me dejaste, más tarde, en esa esquina,
 al volver a las turbias calles de la ciudad
 con mi alma más serena, más ágil, más divina,
 pasé junto a la gente lleno de majestad.

Santiago de Chile 1916.

Cacería en el alba

Vamos por los potreros
 con los catorce perros eléctricos y agudos,
 cazadores de liebres en el alba empapada
 de las cuchillas verdes y los llanos desnudos.

Y andamos...
 la mañana
 riendo entre los árboles sale descalza, azul;
 y hay algo que parece que rompe una campana
 y enloquece a los pájaros y hace cantar la luz;

y entra al agua aturdida
 y acaricia la tierra y se acuesta en la flor;
 algo que yo quisiera tener toda la vida
 quemándome en el pecho para vivir mejor.

Corren los perros ágiles...
 Mi compañero fuma dulcemente. Y yo sigo
 con un paso más lento para no herir la gracia
 del rocío que tiembla en la hierba y el trigo.

Sigo encantado, mudo...
 ¡Nunca sentí más libre y puro mi corazón!
 ¡Este aire, verde vino de dulzura y de fuerza!
 ¡Este grandioso cielo para toda pasión!

¡Adiós, lechuza bizca
que el sol contigo dance también junto al peral!
¡Adiós!... ¡Adiós, primera lavandera del río...!
¡Calandria con tu tierno cascabel de cristal!

Y nos paramos, rápidos...
Algo tembló en los cardos, husmeando el espartillo;
la perra blanca ondula, y el de las pintas negras,
dispara en una larga carrera de cuchillo.

Y allá salta la liebre.
Y es de una emoción súbita que hace paralizar
ver esa fulminante partida de los perros
tras la liebre acrobática que los hace volar.

Hasta que al fin la alcanzan
y sobre el pasto cálido que estira su mantel,
rueda la bola ciega de patas y de lomos
que hace su rebatiña carnícera y cruel.

Y yo que nunca tuve
la piedad de las liebres, yo la he sentido allí,
cuando vi esa espantosa agonía de saltos
que nunca me turbó tan hondo que me desvanecí.

Sonetos de la Pampa

Carnaval criollo

Zumba la copla cálida del acordeón que afuera
hilvana el bombo a lenta puntada musical,
mientras junto al vibrante sol de la borrachera
baila el pueblo en la alegre carpá del carnaval.

Y es la "zamba" sonora tras de la 'chacarera'
que marcan las espuelas con su son de metal
y el ala de colores que agita la pollera
de la criolla de ojos de crimen pasional.

Fuera, en una batalla romántica y salvaje,
pechéanse los rudos jinetes del paisaje.
Mas, de repente, ¿qué hay?... la multitud se agrupa...

polvo... sangre... un soldado dice: ¡quién lo mató!
mientras que otro se aleja llevándose en la grupa
como un pelele trágico al hombre que cayó.

1916.

La vidalita

Son tres almas románticas: la luna pensativa,
el criollo que canta desde el atardecer
y la guitarra cálida que tiembla desde arriba
y se sienta en sus faldas tal como una mujer.

Y es cuando brota entonces la copla que cautiva
como dos ojos tristes que se ponen a ver
al compás de esa lenta música sensitiva
que es madrugada, y llanto, y amor que hace volver...

Porque el dolor de raza que hay en la vidalita
tiene algo que se muere y algo que resucita
en los paisajes largos de la pampa con luna

que vió, temblando, al último rondante payador
bajarse del caballo con la guitarra ante una
ventana donde estaban la muerte y el amor.

1916.

Mancha turbia

Ya hace rato que él calla, que en su mirada brilla
como un torvo relámpago la decisión fatal,
en tanto que ella baila doblando la rodilla
con el otro una clava "chacarera" sensual.

Y ríe. Y canta. Y goza. Y vuelve a maravilla
hasta que él de un brinco se aposta en el umbral
y dice "nadie sale", desnuda la cuchilla
y mira largamente, fijamente, al rival.

Van entonces afuera solamente los dos
que se muerden las almas en el reto feroz
y en tanto al aire fulge cada cuchillo basto

trénzanse al fin frenéticos y cullantes de rencor
ruedan por sobre el poncho tembloroso del pasto
mientras cuelga en un árbol la luna su tambor.

Serenata en el Campo

Tuerce el grupo romántico la callejuela oscura...
tiembla un farol de teatro de Lope y Calderón...
ya las guitarras cantan con la misma dulzura...
cinco cigarrillos trágicos miran desde el rincón...

Hasta que sale como formando la escultura
de una humana serpiente de seda, la canción,
que se enrosca y escala por la puerta insegura
donde a ella, tal vez, tiémbrale, detrás ,el corazón.

Mas, de repente, aplauden los gallos la indecisa
luz de una madrugada de llanto y de ceniza...
Vuela un cordón de pájaros por el maizal plateado;

y por la calle turbia del poblado rural
vuelve el grupo... y hay gritos... ¿y qué es lo que chí
[ha pasado?
...¡aleteo en la sombra de la esquina un puñal!...

1916.

La Tierra y la Libertad

Tucumán

Una mañana de oro por las granjas rurales
piteando llegó el tren...
Lentejueleaba un río bajo el sol sus cristales;
pasó el bosque de lanzas de los cañaverales;
Tucumán, allá estaba con molicies de harem.
Y entré a la ciudad toda bajo la luz del día
palpitante de azahares como una novia, había
olor a miel... naranjas... cuánto naranjo en flor
en esa plaza tibia con sus citas de amor!
Pero ví, de repente, tres naranjas de oro
tan en pompa de mieles en el lujo del día
que todo Hércules trágico (—oh, la mitología!)
salté, rápido y trémulo sobre el dulce tesoro.
Y seguí por las calles que al día tropical
como en un lienzo daban la emoción colonial:
patios floridos, rejas, ancha puerta sonora,
la sud-americana república de otrora
con sus revoluciones, su lírica bondad,
su misticismo hispánico y su hospitalidad.
Seda en dulzura indígena, fuego en pasión cristiana,
me abrió después sus negros ojos la tucumana.
Ojos que se diría que están pensando en una
manera de morirse de amor bajo la luna
y que queman el canto, el ensueño y la vida

sentimental y joven de esta ciudad florida
de "tarcos" que parecen que tuvieron pupilas
encantadas que sólo lloran lágrimas lilas...
¡Ciudad de las guitarras en los atardeceres
doloridos del campo y un jardín de mujeres
que cuelgan en balcones que se abren al poniente
y a los enamorados que pasan lentamente,
mientras los abanicos parecen mariposas
que aletean sobre ellas como sobre otras rosas...
Tucumán es la tierra del sol. Hasta aquí un día
llegó el chasqui que vino corriendo del Perú,
a decir de esa gente de lanza y fantasía
que en caballos sonoros como truenos venía
carrollando a la América en flor como un alud.
Eran los españoles: polvo, sangre, metal...
Y fué entonces cuando a esa llamada fraternal,
temblando de osadías el alma nacional
se alzó hasta por las nubes como una catedral.
Montaña de Aconquija, tú sabes lo demás:
fué la Colonia, un drama de trajes de colores
y después la locura patriótica al compás
de todos los clarines y todos los tambores.
¡Pasan, héroes ágiles de la Emancipación:
Belgrano en su caballo tan blanco que, al saltar,
parecía una relámpago rompiendo el batallón;
Laprida que gritaba: "ser libres como el mar";
Balcarce que era el ímpetu violento de un oleaje;
Monteagudo, elegante, viril, sentimental...
(Una crónica cuenta que fué mano de encaje
la que le arrancó rosas de sangre en el puñal...).
Y pasen, más altivos,

ustedes los románticos, alados, intuitivos
soldados que la pampa dió un día a la ciudad,
con "chiripás" dramáticos, caballos sin montura
pero las bocas locas de esta santa locura:
¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!
Los criollos tenaces de esos tiempos bravíos,
el facón en los dientes para pasar los ríos
— todo lo americano dentro de lo español! —
qué importaba la vieja rueda de la fortuna,
¡todo era vidalitas a la noche de luna,
y sangre al abanico de lanzas que abre el sol!
Tal es como entre el verde collar de tus aldeas,
te ví al pasar yo un día, ciudad - cañaveral;
ciudad donde mi vida tuvo extrañas peleas;
ciudad que estás rodeada por las cien chimeneas
de tus ingenios como de una guardia imperial.

¡Salud, acordeonista popular...!

¡Salud, acordeonista popular...
que esta noche a mi lado has pasado
fragante de lunas
y sonoro de mares y cielos
que alma y carne me echaron a andar!

¡Salud, acordeonista popular!

Marchas y jotas! ¡Harapientas y solitarias
Canciones de puerto... El bar ronco y oscuro
saltó a tu lado como un jardín...
Un marino capitán alzó una copa y el vaso de cerveza
entre mi mano me pareció un clarín.
Y todo me lo diste,
cuando entre tus brazos el acordeón era
un corazón dramático y elástico
que me fué recordando mi vida aventurera
como a los alardos de un poniente fantástico.
Ví los puertos por donde pasé un día soñando...
Ví otra vez esta mezcla de angustia y esperanza
que es mi vida... y me ha hecho
llover siempre los puños y el pecho
cálidos de locura y pasión como una danza...
Y me recordaste a son de jota, marcha, tango y mala-
mi destino de triunfo y de dolor... Igueña

Yo soy, acordeonista,
ese extraño poeta que pelea y que sueña
y va pálido de muerte y divino de amor.
Y me diste tu España de toros y alardos,
una España con carne de más sueños
que mis sueños violentos y escondidos!...
¡Puñaladas hondas, guitarras y emigrantes!
¡Partidas y pañuelos!

¡Esperanzas con ojos de locura en los cielos!
¡Puertos de los adioses anhelantes!

¡Salud acordeonista popular!
por las diez banderas blancas que hoy me hiciste des-
Dios te de salud bella,
lindas mujeres para besar
y en tu mochila de andarín joven que su botella
de vinos locos te cuelgue el mar!

¡Salud, acordeonista popular!
más bello que la luna y más puro de alegría
que la aurora cuando suelta su gozoso palomar...!

Sensación marina

Junto al confín Marino de oro y cristal lucente
 partíase la dulce granada del poniente;
 y por el mar como otra vela mi corazón
 se iba desde el romántico muelle del malecón.

El rumor de las olas rezaba a bien morir...
 Daba pena el humeante vapor que iba a partir...
 Ella se iba a la Habana, yo la fui a despedir...

Vapor que hoy en tu alada ciudad de encantamiento
 de cien pupilas mágicas como el monstruo de un cuento
 de hadas por las arenas del desierto del mar,
 enigmático y lento te la vas a llevar.

Vapor, que con tu suelta cimera de humo al sol
 vas como el paladín de un romance español.
 Y con tu mástil que una lanza metaforiza
 que hasta a los astros fuera desafiando a su liza
 eres un don Quijote que se va por caminos
 azules al encuentro de otros vagos molinos
 (¡Dios tiene por molino la rueda zodiacal!)
 encabalgado sobre las olas de cristal.

Todo lo que se va tiene algo que se muere;
 ya no hay dulce y lejana Penélope que espere.

En el barco, después, lleno de mudo encanto,
 yo veía en sus ojos donde aguaitaba el llanto
 viajar en miniatura la tarde de cristal.
 Ella me hablaba inquieta, rara, sentimental;
 "No me dejes por nada, Dios mío, de escribir,
 ves como ya no lloro..." Pero siempre al decir
 eso estaba llorando, y esto para mí fué
 suave como las noches de luna para Musset.
 Y la brisa del mar le causaba un temblor
 de pájaro y nos daba cierta pena el vapor:
 mujeres con fragancias y llenas de elegancias
 que hablan de las Italias, las Rusias y las Francias,
 ramos de rosas, risas, inesperado encuentro;
 unos ojos azules que lloran para adentro;
 pasajeros con aires de personas felices;
 las valijas que aun tienen marcas de otros países;
 aquél camarero que regresa otra vez;
 el capitán del buque tan frío, tan inglés;
 y el sentir más romántico en la tarde el dolor
 cuando suena la música del piano de vapor;
 y aquella indefinida nostalgia que nos hiere;
 y el pobre corazón que de repente quiere
 quedarse como un niño dentro del camarote.

Después, sólo el pañuelo que se agita en un bote.

1915.

Tu voz

Tu voz no es triste y seria. Tu voz es la frescura
de ese aire que viene del puerto al madrugar;
tu voz sabe a colegio, huele a fruta madura
y es la cristalería nerviosa de un juglar.

Porque hablas, y yo siento que es como un agua pura
donde divinamente me vuelvo a refrescar
de todos los dolores que cuesta esa aventura
de querer vivir solo para el cielo y el mar.

Por eso hoy vibro todo de tu infancia, y te veo
—oh, sensación azul de la hora del recreo!—
(... pasaba por allí la Madre-directora...)

ya brincando a la cuerda con tu risa sin fin
o cuando eras alguna feroz locomotora
de un tren de colegialas que iba por el jardín.

Secreto

Ya no te busco afuera con infantil turismo
para sentir tu vida romántica mejor
como los monjes viejos me encierro entre mí mismo
y allí tiembla a tu cara, y allí te hago el amor.

Y estoy como un avaro feliz de su egoísmo
palpitando a mis vagas sortijas con ardor.
Yo como Pascal tengo dentro de mí un abismo
pero donde hasta el llanto tiene su resplandor.

Por eso es que las gentes que saben que te quiero
ya dicen que se ha roto mi espada de guerrero
por esta vida sola que me miran llevar,

y no saben que mientras ellos hablan conmigo
tú me llenas los ojos y todo lo que digo
como se llena al viento una vela en el mar.

Lejos

Cabeza de mi madre que no beso
desde hace ya diez años de fragor,
cabeza cana que nunca olvido,
luna dormida en mi corazón.

Pienso en los años que se han perdido...
Con alas de oro, de plata y música
me fui a la vida
¡era como el sol!

Pecho cargado de odios confusos,
frente apretada de doloridos
vinos de recuerdos
¿a dónde iré hoy?

Cabeza cana que nunca sepas
que está tan negro mi corazón...
Con tu remota ceniza dulce
quizá algún día me cure Dios.

BLANCA LUZ

(POEMAS)

Edición "Agencia General de Librería y publicaciones" Montevideo 1925.

BLANCA LUZ: este no es el libro que mi amor coloca junto a tus pies. Este es el libro nervioso, azul, extático y desordenado de los días blancos en que era tu novio trémulo. Así te amé. Así te canté. Así guárdame en tu alma como la flor que llevas en tu pecho toda pálida de amor callado.

Una dentellada brutal de la vida bruscamente lo cambió todo. Enfermé de un mal terrible y solitario. Pero oh! sorpresa de maravilla para mi corazón enloquecido: De la niña celeste salió como de una crisálida otro ser de humanidad de fuego, devorado de compasión, terrible de sacrificio, sagrado de esperanza y fe. Y entonces mis horas de enfermo fueron menos crueles, mi cabeza tenía un pecho donde descansar pensamientos de locura y desesperación.

Iba a desfallecer y su palabra volvía a reconstruirme el ánimo viril que se me destrozaba.

Iba a maldecir y la oración que veía en sus labios duplicaba misteriosamente otra en los míos.

Y este es el libro que te quiero hacer Blanca Luz. El libro que mañana cuando la salud divina vuelva a mí te escribiré con la pasión profunda y solitaria de los místicos que quieren hablar con Dios.

JUAN PARRA del RIEGO.

Montevideo, 2 de Setiembre de 1925.

SERENATA

Venía de muy lejos,
Y ella estaba en el fondo de la vida...
Cazador del país de los espejos.
Yo hice fuego a una rama allá movida.
¡Ay! ¡ay! ¡ay!
Terutero de cristal
Que me hiciste a mí la herida.

Y hallé en su ojos los caminos.
Que en el mundo perdió mi corazón
Delicados caminos campesinos
Que el espíritu olvida en su pasión.
Colegiala... muñeca... pajarito,
Sombrero fresco de cascabeles
Sobre mi sombra, mi sed y mi grito
Y el mal fantástico de mis papeles...

¡Ay! ¡ay! ¡ay!
Terutero de cristal
Canto en mi vida
Perla en mi mal.

Ella era como son las guitarras
De seda y luna en su corazón.
Cuando en la niebla dan las cigarras
Su sol... ¡Oh, vida, esa es la ilusión!

Juguete extraño de un juguetero
De Francia... Roma... Londres... París...
Yo en ese cuento daba el primero
Mi flor de lunas a un sol de lis.

Dale Dios mío, salud y fuerza
Porque yo creo que se va a morir.
La vida es grave, loca y perversa
Y nunca sube lo que va a subir.

¡Ay! ¡ay! ¡ay!
Terutero de cristal
Rosa lenta de mi vida!!

Falda de encaje celeste y blanco.
Como el agua alegre daba su voz
Si la miraba... ese era el banco
Para estar solo con mi alma y Dios.

Blanca Luz era
Su nombre puro.
¡Qué primavera! ¡Qué primavera!
Sobre mi pecho terco y oscuro.

Vino del campo... corría un río
Tras una luna en su delantal...
Vino del campo... y era como el mío
Su verso huraño y sentimental.

Cabrita... pino...
Pálida como una vidalita se me acercó:

Sombrero negro... rojo camino
¡Qué tristes cosas le ofrecí yo!

Adiós el barco dice en el puerto...
Cuatro gaviotas de Cruz del Sur...
Sufre la máquina... y yo estoy muerto...
Y hacen las olas su piano azul...

Malvón,
Retama... alta margarita...
¿De dónde vino su luz fatal...?

¡Ay! ¡ay! ¡ay!
Terutero de cristal
Que saltaba sólo en una pobre pata ya cojital

Del sol es ella, y es infinita
Como la tarde de luz y amor...
Dale Dios mío salud bendita
Bajo tu cálido resplandor...!

Pálida como la luna espía
Todas mis horas de soledad...
Cigarrillo... tiempo... melancolía...
¡Es tan callado lo que en mí se va...!

Que si descalzo pasase un niño
Lastimaría mi corazón
Amor de seda... luna... cariño...
Amor que mata con su pasión...
Guitarra fina,

Callada y sola taza de plata;
 La serpentina... la serpentina...
 Que a mí me mata...

Hondo camino
 Loma dorada para cantar...
 Blanca Luz era su nombre fino
 Y qué eco le daba mi alma, al sonar...

Pero maldita ya mi alma estaba
 Y ella ya muerta vino a mi sed.
 No la esperaba...
 Yo la soñaba...
 Y Dios la quiso para mi fe.

Y esta es mi vida ahora en la estrella...
 En el sol... la luna... el atardecer...
 Vivir por ella...
 Morir por ella...
 Dar todo en ella mi loco ser...

¡Ay! ¡ay! ¡ay!
 Terutero de cristal
 Trompo de música dolorida
 Baño mi almohada sentimental...

LA DANZA DE TU TRAJE LILA

Con una lámpara del crepúsculo hoy te has vestido,
 Danza de nubes
 es tu fantástico traje lila.

Los serafines del mar me traen una paloma sobre sus
 [manos.

Danza tu traje
 como en la cálida tarde dulce de aquel verano
 en que ya andaba solo y perdido por el paisaje.
 Danza tu traje...
 De la esperanza brota el dramático ángel dormido
 y por mis sueños
 pasa la nube lenta y sin ruído
 que hace en mi frente tu traje lila.

Danza tu traje...
 Lila es mi sangre... lila es mi pena... lila es mi muer-
 [te...
 Junto a la muerte ideal de tu mano.

Danza tu traje...
 baile de espejos... dolor de lento jardín lejano .
 Lentejuela dolorida de mis párpados.

Peces de seda dan tus miradas,
teclas del alba tocan tus manos...
Pero en tu traje lila ¡oh alma querida!
miran espadas,
de los ponientes americanos.

Danza tu traje...
Mi misma angustia, mi misma suerte
de lejanía
que en tus ojeras
abre la casa azul de la muerte.

Danza tu traje...
La danza corre sobre los mares
¡Adiós! le dice desde la orilla mi corazón,
Y hay marineros con sus nostalgias y sus cantares
que entre tu falda
lloran la noche pálida de su acordeón...

Danza tu traje:
pena del cielo
llanto de mi alma
sobre tu lámpara en el paisaje.

P A S E O

Angustia deliciosa de ir con ella
Esta mañana al puerto y allí andar...
Andar...
En mi brazo ¿quién eres? ¡tan sin huellas!
¡Tan rara y fina cosa del mar!

Pero ¡hay! querida
¡Tu tos! ¡tu tos!
¡Qué duro el viento! Brutal la calle. Rara la vida.
Tú eras de seda... y aquella grúa
¡Qué atroz!
¡Qué atroz!

Pasó una máquina: carbón... locura...
Súbito, a un lado, te apreté a mí.
¡Cuidado, maquinista!... ¡espera!... ¡apura!
¡¡Y ese fardo bestial que cayó allí!!
¡Cuidado marinero!... ¡Párate maquinista!
Sólo hasta allá la llevo
Quiero un poco de aquel sol azul, fantasista
Y esa ola que nos llama con su columpio nuevo.
¡Cuidado, va a pasar!
Querida,
Ya llegamos, ese es el mar
¡EL MAR!

Esas son las gaviotas que se van a casar...
 Y esa nube ¡la has visto?... ¡tan feliz!... ¡tan feliz!
 Hay islas que parecen una mano del mar.
 ¡Si hay sirenas! Se van tras de las luces
 y la música del piano del vapor.
 ¿Y allá?... No ves dormidos bajo sus párpados de
 [luna

esos botes veleros?
 Hay peces que parecen sueños de un juguetero.
 Torerillos de oro y plata que brincan sobre el mar
 ¡Si tu hermanito chico los mirara jugar!).

Y los dos solos... Juntos
 Nos pusimos temblando a contemplar
 ¡Tan dos perdidos puntos
 Junto a las grandes olas misteriosas del mar!

LA CALLE ESTÁ MUERTA

La calle está muerta desde que te vi,
 Nada miro... paso... voy soñando en ti .

Pasan mis amigos,
 las mujeres cruzan,
 fantasmas extraños
 que se desmenuzan.

Y llegando y nunca llegando
 ando...

Vivo en otra calle del desvanecer
 y el ir sollozando
 con mi corazón
 como una caja de música que no sé adonde poner.

La calle está muerta desde que te vi
 nada miro... paso... voy soñando en ti .

COMO ME HACE LOS DIAS

Me hace los días para cantar...

Gaviota, novia
de un marinero,
quién no lo ha visto
¡qué puede amar!

Vénganse todos ¡háblenme todos!
ella es del día ,del Sol y el mar...!
Ríe en su cuerpo la luz con todos
sus dientes blancos de ola del mar.

¡Bailarina!
¡Payaso!
quién no lo ha visto
no sabe el ritmo, la gracia, el paso...
¡¡Se ha muerto en Buda y en Jesucristo!!

Bandera fresca de mi mañana,
jazmín abierto en mi corazón.
Su cara pálida de americana
me ha hecho más trágica esta pasión.

Corren regatas sobre sus dientes...
su pie es de seda, de alma y marfil...
Hay dos manzanas convalecientes
en sus mejillas de oro infantil...

Y esta es la alondra azul de mi amor:
vivir por ella todo en su luz,
abriga mi alma su resplendor
dora mi oído su... Blanca luz!

Ay Blanca Luz.

CARTA DE MI MADRE

Carta que esperaba antes con temblor
carta que ahora apenas
leo distraído por el comedor.

Carta de ella... la carta que solo
ya me hace temblar
palidecer o gritar...

¡Carterol! ¡qué tarde llegaste hoy día!
ya el mal pensamiento
con su sordo alcohol me iba a envenenar.

Carta de ella... ¡carta que ya solo espero!
¡alegrías súbitas en mi corazón!
o unas dudas raras con las que me muero
solitario y pálido como un ladrón.

Carta de mi madre que ya te he olvidado
por la que ella solo me puede mandar
¡ay! carta que tantas veces me has salvado,
esta vez... ¿no me puedes perdonar?

BESOS

Sonidos de palomas besándose a la luna
me has dejado en la boca.

Panales de alegría delirante y salvaje
me has dejado en la boca.

Corazones de niños colorados y puros
me has dejado en la boca.

Campo con su alegría de chivos y campanas
me has dejado en la boca.

Tu palidez terrible y azul como mi muerte
me has dejado en la boca.

PASEO

Solos bajo los árboles...
Caminar... caminar...
Como una lágrima de la luna llevo caída
sobre mi hombro su cabeza
desvaneecida.
Solos bajo los árboles...
Caminar...

Espérame aquí, esa rosa
te la pondré en tu pecho
como si fuera mi alma misteriosa
con todo el bien de amor que ya le has hecho.
Caminar contigo
es hablar con los ángeles curiosos
que van a verte pasar.

—¿Y, ese niño del pueblo...? ¡Pajarito mendigo!
Déjame que le dé todo mi dinero manchado.
¿No ves que voy contigo
encantado?

COMO ME HACE LAS NOCHES

Me hace las noches para callar...

Que nadie me hable.
A nadie quiero darle la mano.
Yo soy su pícano
que ando en la calle y puedo llorar.

Yo soy la caja de sangre y luna
donde la llevo guardada en mí...
Terrible, fresca y azul fortuna;
irme callando y muriendo así...

SERENATA

Andarín de la luna
hoy me bajo por ti
y en los ojos te beso
así...

Angeles finos
toquen tus párpados;
Días divinos
abran tus párpados.

Blanca Luz eres
y yo lo digo
mucho me quieres
vivo contigo.

Una guitarra,
tres rosas blancas
y una paloma
te regalaré;
alma de mi alma
que me encontraste
bañado en sangre,
solo,
deshecho,
triste,
sin fe.

Alma de mi alma, rosa del cielo
camino mío de perfección;
en la casa de las lágrimas
guardaré tu corazón.

Blanca Luz eres
y yo lo digo
mucho me quieres
vivo contigo.

NO VOLVIO LA CARA

Se fué en esa esquina
me quedé de dicha dorado,
plateado...
Tras ella en mis ojos una serpentina
de Dios en la calle me dejó alargado.

Pero en esa puerta sola, fina y rara
¡no volvió la cara!

Me dijo te dejo mi alma en tu mano
mi corazón pálido de ella, palpitó...

¡Tenía un silencio tan fino y lejano
cuando me dejó!
Pero en esa puerta no volvió la cara
¡espinas de niebla
que me atravesó!

BERCEUSE

Tú y yo... yo y tú... Tú yo... Tú yo... Yo
Yo... Yo... Tú... tú... tú...
Yo...

Ya está dormida
En mi corazón;
Tápala querida
Pestaña servida
Por mi eterno amor.

Tu... Yo yo tutu... Yo y tu... tu... yo... tu Yo...
Tu... Tu... T.

SU RISA

Duendes con campanillas
que venían del mar,
fresco como la luna
su corazón se salía
a jugar...

Duendes que se volvían
de repente a la mar...

MAS ALLA DEL ALLA

Más allá del allá nos encontrábamos
solos y puros
como los ángeles que soñábamos.

Sangre hemos visto...
Sangre es el camino
donde se hizo blanco
nuestro solitario señor Jesucristo.

La muerte hemos visto:
sábanas pescadas de olvido y pavor...
Relinchante nube negra nos seguía
tapándonos la estrella del puro temblor.

Penas hemos visto
que palidecían nuestro corazón;
soles negros son, que el paso nos cortan
— ella me decía...

Y era azul su voz.

Pero allá,
más allá del allá nos encontrábamos
solos y puros
como los ángeles que soñábamos.

El miedo hemos visto,

la mano amarilla de la envidia... el mal...
 duros pechos, títeres de viento y hielo
 lejanas tormentas de un ojo fatal...
 pataleos locos en la sombra, gritos...
 manos que llamaban en noches del mar...
 ayes sin respuestas, temblantes malditos...
 Auxilios lejanos... campanas del mar...

Pajarillos de Dios que se buscaban.
 En la costra había una fisura azul.
 Por allí nuestras almas se escapaban
 a la delicia sola del éter en la luz...

Odios hemos visto
 erecciones ciegas del sexo en el mar...
 Monjas, almas blancas, encendidas
 en la soledad de su flor de sal.

Horrores hemos visto...
 el mundo de repente estaba solo;
 y había un incendio que hacía llorar...
 Volcanes tremendos hemos visto;
 el clarín de fuego nos pritaba: ¡al mar!
 y en el mar, ahogados,
 con sus caras de lunas pensativas
 nos decían: atrás !!!atrás!!!

Horrores hemos visto,
 ¡qué solos la vida nos quería dejar!
 De cartón y palo vimos Jesucristos
 junto a pobres camas de enfermos llorar...
 Hemos visto horrores... lívidos horrores;

el sabor precoz
 de la última cal...
 Camino de Dios...
 fatal!

Pero allá...
 Más allá del allá nos encontrábamos
 solos y puros
 como los ángeles que soñábamos.

LAGRIMA

En la noche quemadora de mi sien,
 tú me caiste,
 lágrima...!
 y yo me dije: nada sabes de mis ojos,
 eres salvaje como mi corazón.

Tengo ojos finos que se han perdido en la luz y el mar...
 enferma y lívida como un diente
 tú me has caído
 de un Sol poniente
 en que hoy me puso al oírla hablar.

¡Lágrima extraña que me has perdido!
 yo estaba en ella como en la luz...!
 y tu sal pálida me ha corrompido
 hasta la sandalia blanca de Jesús.

¡Maldición!
 Pena...
 Es una lágrima que me suena
 un tambor de hielo en mi corazón.

¡Quién te ha traído!
 ¡Quién me ha perdido!
 Sal del infierno
 verde, — fatal...
 ¡No en mi mejilla de quieto y tierno
 sitio de olvidos... Sal del infierno
 sobre mi vida trascendental.

Salvoje como mi corazón eres,
 lágrima, hoy túnica de muerte en mí...
 Lágrimas finas dan las mujeres...
 Por los amigos... también las dí...
 Pero hoy... ¡por ella!... — ¡ay, no lo digo!—
 me derramaste tu helado alcohol
 y en mi pañuelo blanco contigo...
 se ha muerto mi alma
 el cielo y el Sol.

POLIRRITMOS
y otros poemas

POLIRRITMO DINAMICO A GRADIN
JUGADOR DE FOOTBALL ⁽¹⁾

Palpitante y jubiloso
como el grito que se lanza de repente a un aviador
todo así claro y nervioso,
yo te canto, ¡oh jugador maravilloso!
que hoy has puesto el pecho mío como un trémulo tambor.
Agil,
fino,
alado,
eléctrico,
repentino,
delicado,
fulminante,
yo te ví en la tarde olímpica jugar.
Mi alma estaba oscura y torpe de un secreto sollozante,
pero cuando rasgó el pito emocionante
y te ví correr... saltar...

Y fué el phurral y la explosión de camisetas
tras el loco volatín de la pelota,
y las oes y las zetas,
del primer fugaz encaje

(1) Revista "Calibán" Montevideo. Marzo 1922.

de la aguja de colores de tu cuerpo en el paisaje,
otro nuevo corazón de proa ardiente,
cada vez menos despacio
se me puso a dar mil vueltas en el pecho de repente.

Y te ví Gradín,
bronce vivo de la múltiple actitud.
zigzagueante espadachín
del golkeeper cazador
de ese pájaro violento
que le silba la pelota por el viento
y se va, regresa, y cruza con su eléctrico temblor.

¡Flecha, víbora, campana, banderola!
¡Gradín, bala azul y verde! ¡Gradín, globo que se val!
Billarista de esa súbita y vibrante carambola
que se rompe en las cabezas y se enfila más allá...
y discóboro volante,
pasas uno...
dos...
tres... cuatro...
siete jugadores...

La pelota hervía en ruido seco y sordo de metralla,
se revuelca una epilepsia de colores
y ya estás frente a la valla
con el pecho... el alma... el pie...
y es el tiro que en la tarde azul estalla
como un cálido balazo que se lleva la pelota hasta la red.
¡Palomares! ¡Palomares!
de los cálidos aplausos populares...

¡Gradín, trompo, émbolo, música, bisturí, tirabuzón!
(Yo vi tres mujeres de esas con caderas como altares
palpitando estremecidas de emoción!)
Gradín! róbale al relámpago de tu cuerpo incandescente
que hoy me ha roto en mil cometas de una loca elevación,
otra azul velocidad para mi frente
y otra mecha de colores que me vuele el corazón.

Tú que cuando vas llevando la pelota
nadie cree que así juegas:
todos creen que patinas,
y en tu baile vas haciendo líneas griegas
que te siguen dando vueltas con sus vagas serpentinas.

¡Pez acróbata que al ímpetu del ataque más violento
se escabulle, arquea, flota,
no lo ve nadie un momento,
pero como un submarino sale allá con la pelota...!

Y es entonces cuando suena la tribuna como el mar:
todos gritanle: ¡Gradín!, ¡Gradín!, ¡Gradín!

Y en el ronco oleaje negro que se quiere desbordar,
saltan pechos, vuelan brazos y hasta el fin
todos se hacen los coheteros
de una salva luminosa de sombreros
que se van hasta la luna a gritarle allá: ¡Gradín! ¡Gradín!
¡Gradín!

POLIRRITMO DINAMICO DE LA MOTOCICLETA (1).

Sesgada en el viento la cálida quilla del perfil tajante
y suelto el espíritu al día como una cometa
yo todas las tardes me lanzo al tumulto de las avenidas
sobre un trepidante caballo de hierro
¡mi motocicleta!

Zumban los pedales, palpita la llanta
y en la traquearteria febril del motor
yo siento que hay algo
que es como mi ardiente garganta
con mi explosionante secreto interior.

Y corro... corro... corro...
Estocada de mi ruido que atraviesa la ciudad—
y ensarto avenidas... suspiro una rambla... dis'oco
y envuelvo en las ruedas [una esquina
la vertiginosa cinta palpitante de las alamedas...
La fusilería de los focos rompe la iluminación...
Y me lanzo a un tiro de carrera al mar
y otra vez me escapo por los bulevares.
rápidas serpientes de autos y sombreros,

(1) Revista "Calibán" Montevideo. Mayo 1922.

mujeres y bares
y luces y obreros
que pasan y chocan y fugan y vuelven de nuevo a pa-
[sar...]

Y corro... corro... corro...
hasta que ebrio y todo pálido
de peligro y cielo y vértigo en mi audaz velocidad
ya mi alma no es mi alma:
es un émbolo con música,
un salvaje trompo cálido,
todo el sueño de la vida que en mi pecho incendio y lloro
la feliz carrera de oro
de la luz desnuda y libre que jamás nos dejará.

¡Ah, correr locamente convencido
de alcanzar como los pájaros hasta el confín azul,
escuchando, inclinado,
al oído,
el motor,
cual si fuera el nervioso corazón de un amigo
que se quema en un terco secreto de amor!

¡Los ojos se roban la vida a pedazos!
Luces, hombres, árboles, una estrella... el mar,
y ya solo siento
un deseo loco de ser como el viento
que sólo parece que quiere pasar.

Curva suave,
X patética... embestida

repentino embrague seco... vuelta súbita... explosión!
 ¿Fué la muerte? ¿Fué la vida?
 el motor sufre y trepida
 y otra vez me empapa el viento con su vino el corazón.

¡Camaradas! ¡Camaradas!
 denme una camiseta
 de violentas pintas verdes y oros como resplandores
 para hundirme a puñaladas
 de motocicleta
 por el campo estremecido de esta tarde de colores.

En el fulminante
 caballo que suena su sangre encendida
 para abrir todas las tardes de la vida
 a un romántico momento de partida.
 Partir... llegar... llegar... partir...
 Correr...
 volar...
 morir...
 soñar...
 partir... partir... partir...

POLIRRITMO DE LA MUJER VEGETAL (1)

¡Guitarras bajo las higueras! ¡Trompos azules del día!
 Aquí está la fresca amada vegetal;
 la que ví y el alma mía
 se me abrió como una fruta musical.
 Ojos con pájaros, caderas de ágil tazón de soles
 a carreras de naranjas, margaritas y manzanas
 por mi sangre la sentía atravesar...
 La que ví y me dió el amor de las madrugadas
 (¿Sofiaba nidos?; ¿Colgaba frutas? ¿Olia a rosas?)
 Y unas súbitas nostalgias misteriosas
 de montar caballos blancos, trepar árboles, nadar...
 madrugar todos los días
 e irme solo por los campos,
 loco andarín, verde andarín
 con mi campana de lejanías
 y el pecho alegre como un clarín.

(Rey Salomón: ¿Dónde está tu arpa para cantar?
 Rey Salomón: ¡Pandero y vino para bailar!
 Rey Salomón: ¡Qué Sulamita para besos!...)

Parada un árbol...
 Echada un río...
 Sentada un alba sentimental...

(1) Publicado en el Boletín de Teseo 1924.

¡Corazón mío,
corazón mío,
nos curaremos de todo mal!

La que sólo parecía alimentada de frutas...
La que ví, y en una gruta
de albaricoques, palomas, racimos de uvas y olores
se quedó como un barquero solitario con la luna
a temblar mi corazón.

¡Oh querida fresca, fresca
ágil y alegre querida!
¡Qué vergüenza, que vergüenza
de haberme dejado hacer tan triste por la vida!

Maquinista silencioso de las noches estrelladas
la que ví, y sobre mis penas solas, hondas y calladas
—¡Oh segadora fina que amó mi alma!—
pasó cantando sus cantos de mediodía y pasión,
con su risa vendadora de naranjas,
con la música crecida de sus senos
y las cerezas alegres de su joven corazón!

Oh! partir con ella un día!
oír la estrella de las guitarras de las lagunas,
ver los caminos...
La metafísica angustia sorda con que los pinos
miran las lunas...
Andar... soñar...
besarla súbitamente loco bajo las parras y las higueras...
cantar! gritar!

Zumban abejas, rocío... flores... nidos... los nidos:
(¡qué cuchicheo de cuentos de hadas en los oídos!)
Correr... reír...
Sentarnos solos junto a los árboles a comer quindas
con dedos finos de amor y de cristal!
—¡De dónde sube esa serenata de violetas?—
Y hasta algún sapo que a nuestro lado llega tirando sus
[volteretas
de payaso de la luz ¡cubista acróbata matinal!

Oh ¡vivir juntos!
llorar unidos la misma lágrima
y ver unidos la misma estrella!
Partir con ella,
en un auto que tira su sangre panorámica
a noventa kilómetros por hora.
Locos de alegría, de claridad,
(la luna nos sigue corriendo hermanita!...)
Ya miro la aurora...
Adiós nube!...
Adiós árbol!...
Adiós, pobre luz de allá sola!...
Locos de alegría, de intimidad
de libertad
de felicidad!

¡Pañuelos de las estrellas que llaman mi corazón!
Ya no quiero más amores con las de seda y de luna
Aquí está la que el espejo de la luz trae en la frente;
la que vive, sufre, ríe, ama, canta, engendra, siente;
la del amor natural, claro, fragante, indistinto;

la que ve, y alza el instinto
todo el coro de sus vivos y dramáticos alcoholes...

La que me llenó de rosas y músicas y banderas,
la que me dió más resueltas las ideas generosas,
la que no enerva, disuelve, ni mata de lejanía,
la afirmativa, la vegetal,

¡La que es mía, la que es mía, la que es mía,
marcha de frutas, albas y soles,
marcha triunfal!

CANTO AL CARNAVAL (1)

Libertad maravillosa de la risa,
la ciudad corre en las ruedas de colores, Carnaval!
Ya en plazas y torres, ventanas y esquinas,
saltando como una niñita la luna
cuelga los teléfonos de las serpentinas
para tu furiosa fiesta universal.

¡Columpios de risas! ¡Arboles de amores!
Los novios calientan la noche con su corazón.
Ya aquél ha corrido por un frac... va pálido!
Rosada de sueños
ella piensa en algo furtivo y fantástico
que sólo esta noche podría pasar...

(En los cascabeles hay duendes pequeños
que dicen: ¡no dudes! ¡vamos a soñar!
¡Vamos a bailar!
¡Vamos a cantar!
La noche abre dulces ventanas de seda
y si tú no vienes por siempre te quedas
en la desolada perla de esperar.

(1) Primer premio en el Concurso Rioplatense organizado por la Comisión Municipal de Fiestas. (Tipografía Morales Montevideo 1925).

¡Vamos a cantar!
¡Vamos a bailar!)

Y por la Avenida
que quema las frutas de la iluminación
ya el Corso va alzando con su delirante
cabeza de máscaras la gran ilusión.
Veredas con luces felices de puertos soñados.
Las casas se besan, se gritan, se abrazan
a nubes de música y de serpentinas,
y la ópera loca de gritos pintados
avanza soñando su incendio feliz.
Acrobacias bufas... ventriloquía rara,
súbita escopeta de aquella nariz!
La lágrima negra de esa blanca cara.
Cleopatra sobre un coro de trompetas
saludando a las estrellas y al amor!
¡Timbales! ¡Flautines!
Latones de escándalo... absurdas cornetas.
El aire abre picos y frescos jardines.
Locura, alegría, palidez, amor!
Pasa el carro lento de las odaliscas,
la comparsa blanca, la del verde humor,
pasa la comparsa de las Diez Franciscas
el carro tremendo del Emperador!
Reinas y payasos,
—por el aire vuela un bastón colorado—
los pierrots que enredan la luna en sus pasos,
tambores de Oriente de golpe encantado,
y saltos de espejos y noches y frutas;
Ya llegan los negros del baile sensual

con piernas de titere y risas de luna
que se duermen sobre el bombo tropical;
los negros fantásticos e imaginativos
que se dramatizan en vagos y vivos
saludos de monos y gestos de chivos
que se rien por la médula espinal.

Trae un auto una súbita bandeja de ángeles
y tras otro, Walkiria de veloces cabellos de papel,
cruza uno que se aleja tirando los divinos
cascabeles de un lunático arlequín.
Pasa la astronómica murga de los chinos
—qué triste, adelante, va el pálido y dulce mandarín!
Me corta el jinete
de una serpentina con su duende azul,
(Cuidado con esa niña que es como un juguete
defendiendo sus alas de tul)
Y el Corso levanta la noche en sus brazos dorados.
Largo trópico de música por la calle popular,
atrás, turbia pena de dientes morados,
esta es mi pirueta, mi nariz... mi andar!

Y miro esa casa:
el balcón se ríe con barbas de cintas y velos,
suena una ventana... un antifaz pasa...
y yo sé que es ella que está con los otros
bailando a esa música de agua y violoncellos...

Las estrellas corren en sus bicicletas
plateadas y azules por el "boulevard",
saltan, como rosas, tristes morisquetas,

y yo ya estoy loco de nunca alcanzar
la boca fantástica de ese antifaz fino
que toda la noche me hizo palpitá.

Pero en esa esquina
cuatro dominós se han quedado quietos,
y yo tengo miedo en aquella esquina
de los dominós parados y quietos.

¡Vamos Ana!
¡Dame el brazo Margarita!
En esa casa hay un baile que parece la campana
de una locura infinita
Préndete, a mí, Josefina!
en mis barbas coloradas llevo el circo del amor!
Yo sé lo que no te ha dicho esa loca serpentina
que en tu moño fué durmiéndose como si fuera una flor.

Pero el Corso pasa...

¡Pasa!
¡Trampolín para el acróbata lívido del corazón!
¡Regata de aguas, de cintas, de payasos y mujeres
con sus viñas de alegría y sus bocas de ilusión!
Pasa el corso...
Pasa... pasa!...
Y ya la calla está sola... por el suelo hay una más-
[cara perdida...]
Y es tan grave este último payaso que se mete en esa
[casa]
de una sola ventanita encendida!

Y otra vez el Corso rompe en su camino
la nube de gritos que es su cascabel.
¡Los osos! las hadas... la reina... el bandido...
son todos los cuentos que a la calle han salido
fabulosamente libres de sus casas de papel...!
Llega la volanta de las colombinas
—a la rubia de la risa yo le tiro esta flor—
Se va la volanta de las colombinas.
Y serenatas de serpentinas
van llamándola en la calle con sus flautas de color!
Perdidos, antiguos, plateados, fragantes
pedazos de música me dan su temblor.
—Hay baile en aquellos balcones distantes—
Y yo sé que es ella la de aquellos guantes
que tras el cristal da su espalda en una
disolución de luna
que sobre el negro corpiño le abre su flor.

Pasa el Corso con su río
que va a perderse a la luna con su estrépito triunfal;
Y en la ciudad que se queda como un gran teatro vacío
yo siento* que el corazón mío
se pasea como un gato solitario y fantasmal.
¡Se va el Corsol! Se va el ruido
Pero yo me cuelgo, mágico, a tu luz y tus amores
¡Carnaval!
¡Salud inmensa aventura de las aguas y las flores
que nos dejan las cabezas como trompos de colores
dando vueltas, vueltas, vueltas
en tu mano de cristal!

EL CAPITAN SLUKIN ⁽¹⁾

¿Por qué te has apoderado de mi alma, Capitán
mientras miro estos barcos de vela que se van
y en el puerto estoy solo con mi cabeza ardiente,
junto a las altas proas visionarias
y dichosas,
y fraternizo con los hombres agudos y callados
de la descarga terca y amorosa
y amo ver la llegada de esas lanchas de carbón
que vienen como dulces madres embarazadas
y esas maderas de árboles de América
y las harapientas músicas
del acordeón?

¿Por qué hoy te has apoderado de mi alma Capitán?
Y de golpe en mis sueños tan grande te he sentido
y he amado
tu vida de salvaje y delicado
héroe desconocido
del mar...
Voluntad y Alegría. Triunfos y Sufrimientos
que todos los niños deberían amar
en estampas sonoras, coloristas y arcanas
de libros de cuentos
abiertos por las puras manos de las mañanas.

(1) Imparcial 1925.

Porque la mar fué tuya más allá de la vida
¡Capitán, Capitán...!
Y más allá de donde la muerte para su árbol
amarillo de pájaros que nunca cantarán.

Tuya sobre la espalda de la sirena loca
y el adiós de la pobre mujer abandonada
y esa luna que toca
la cara pensativa y delicada
del ahogado perdido... ¡tuya en la marejada
de mares de un salvaje fósforo azul sonoro
donde el tiburón baila su cola de alquitrán...
Tuya en el arpa limpida con su sonido de oro
que hace cantar las islas que no se encontrarán
en esas soledades dramáticas del Polo
donde la muerte tiene su ciudad de cristal,
y sobre la Esperanza y el Olvido.
se abre el blanco abanico de la Aurora Boreal!

Islas Baleares,
Islas Azores,

- * Mi alma ha perdido ya sus cantares
y sus amores.

Madagascar...
Un día, solo, con una Biblia y mi carabina:
me haré a la mar.

Capitán loco y aventurero,
cómo tu vida se desfigura
bajo la sombra del ala negra de mi sombrero.

Se van las olas dulces y rotas
ya cae la lágrima de Aldebarán
sobre las últimas gaviotas.

POLIRRITMO DE CARMEN MENDOZA
TONADILLERA ESPAÑOLA (1)

Estallaron los platillos... palpitaron los tambores
y ella brotó de repente
con su mantilla andaluza acribillada de flores:
capas nocturnas, gitanos, guitarras hondas, toreros...!
Carmen Mendoza que canta!
que crispa en locos deseos
y siembra la fiesta trágica de sus tacos tamboreros
y ama, vibra, gime, incendia, envuelve, espanta,
parte, torna, se hunde en lunas...
Campanario enloquecido del dolor y la alegría!
que recoge no sé qué palomas vivas!
y gira atrás, se adelanta... Rueda en súbitos jardines
soltándole a Dios la tira de seda de la canción:
largo líquido caliente
que entra en la carne y el alma
e hipnotiza con un ojo lento y fijo de serpiente
al pájaro solitario que vuela en el corazón.

Y otra vez el riego largo
brusco,
humilde,
torrential de castañuelas;
y el tambor que la persigue a salto sordo como un hom-
bre primitivo

(1) "La Cruz del Sur" 1925.

y ella que huye empapada de lentejuelas
y el choque de las candelas... del zapato colorado
que nos incendian la vista.
Y otra vez la voltereta
que le sopla una campana en la falda que fulgura
y la mano que se duerme en la peineta
y aleteando en la mantilla
va a reírse en la cintura.
Y la violenta rotura
del tronco dulce del cuerpo que súbito se endereza
y el mantón que tira al aire su paisaje
y circula en la cabeza
que se echa atrás de repente como una copa salvaje.
Y otra vez la voz lasciva y penetrante
de terca y ancha caricia.
La voz nocturna, rampante
de terciopelos profundos y espadas lentas y tristes...
Carmen Mendoza ambulante
¿qué te dijeron? ¿qué viste?
Tu voz se empapó en las lágrimas de los nerviosos luceros
de las noches del vapor?
Puñales sordos, guitarras... cantos de los marineros
¿No vuelves?... Volveré!!

Amor... Dolor...

Y otra vez el fulminante trabajo de los tornillos
eléctricos de los tacos,
martillos de amor, martillos
dulces, salvajes, sufrientes
o canallescos y opacos
y el correr como robándose en los senos

con las manos diminutas
una canasta de frutas.

Carmen Mendoza que cantas!
Carmen Mendoza que vuelas!
Zapatéame en el clima la alegría de tus plantas
Rompe allí tus castañuelas!
Carmen Mendoza que has puesto mi sangre en marcha y
cuerpo de soles y luchas
palomar!

Dios te dé toda la tierra
para bailar y cantar
y más jotas y más versos
para cruzar con la música de tu balero español
por estas ciudades sórdidas de hombres duros y perversos
que necesitan tu sol!
Llévate, alegre, mi canto...
Volatín de fuerza y vida, volatín de muerte y llanto...
Todo se va en tu cometa,
todo salta en tu explosión...
todo sabe que te prendo detrás de la alta peineta
como la flor más sangrienta del mundo mi corazón!

INDICE

PROLOGO , por Esther de Caceres	11
--	----

HIMNOS DEL CIELO Y DE LOS FERROCARRILES

Al motor maravilloso	45
Pampa argentina	47
Marcha Unamuno	51
Palomas	54
A Woodrow Nilson	55
Walt Whitman	58
Nocturno N. ^o 1	63
" " 2	65
" " 3	67
" " 4	68
" " 5	70
" " 6	72
" " 7	73
" " 8	75
" " 9	78

El cuerpo en la luz

Loa del fút-bol	83
Mañana con el alba	86
Los vientos del Perú	88

Serenatas y Canciones

Serenata de Zuray Zurita	95
Canción de la cabecita elegante y dorada	98
Canción furambulesca	100
Canción desolada por un muerto	102
Canción de luna	104

El amor: Los paisajes: Los amigos

Carta sentimental	109
¡Noche buena mágica!	112
Gabriela Mistral	115
Julia Raúl Mendilaharsu	117
Celeste es la sombra bajo las glicinas	118
Noche	120
Mañana Humorista	121
Carta abierta a Daniel de la Vega	123
Cacería en el alba	125

Sonetos de la Pampa

Carnaval criollo	129
La vidalita	130
Mancha turbia	131
Serenata en el campo	132

La Tierra y la libertad

Tucumán	135
¡Salud acordeonista popular!	138
Sensación marina	140
Tu voz	142
Secreto	143
Lejos	144

BLANCA LUZ

Prólogo	147
Serenata	149
La danza de tu traje lila	153
Paseo	155
La calle está muerta	157
Cómo me hace los días	158
Carta de mi madre	160
Besos	161
Paseo	162
Cómo me hace las noches	163
Serenata	164
No volvió la cara	166
Berceuse	167
Su risa	168
Más allá del allá	169
Lágrima	172

POLIRRITMOS Y OTROS POEMAS

Polirritmo dinámico a Gradín	177
Polirritmo dinámico de la motocicleta	180
Polirritmo de la mujer vegetal	183
Canto al carnaval	187
El capitán Slukin	192
Polirritmo de Carmen Mendoza	194